



Col·lecció  
INSTRUMENTA  32

LOS VASCONES DE LAS  
FUENTES ANTIGUAS:  
EN TORNO A UNA ETNIA DE  
LA ANTIGÜEDAD PENINSULAR

Javier Andreu Pintado (Ed.)

Publicacions i Edicions



UNIVERSITAT DE BARCELONA



LOS VASCONES DE LAS FUENTES ANTIGUAS  
EN TORNO A UNA ETNIA DE LA  
ANTIGÜEDAD PENINSULAR

Col·lecció  
INSTRUMENTA  32

Barcelona 2009

LOS VASCONES DE LAS FUENTES ANTIGUAS  
EN TORNO A UNA ETNIA DE LA  
ANTIGÜEDAD PENINSULAR

**Javier Andreu Pintado (Ed.)**

**Publicacions i Edicions**



## ÍNDICE GENERAL

### PÓRTICO

Prólogo (José M <sup>a</sup> Blázquez Martínez)	13
Presentación (M <sup>a</sup> Jesús Peréx Agorreta, Luis J. Fernández Rodríguez)	15
Nota Editorial (Javier Andreu Pintado)	17

### ETNIA, ETNICIDAD, IDENTIDAD

Vascones, autoctonía, continuidad, lengua. Entre la Historia y la Historiografía (Fernando Wulff Alonso)	23
Entre Vascones, íberos y celtíberos: el grupo del Hierro del Alto y Medio Ebro (Victor E. M. Maturén)	57
Las denominadas “cecas vasconas”: una revisión (Cruces Blázquez Cerrato)	71
De etnias y monedas: las “cecas vasconas”, una revisión crítica (Francisco Beltrán Lloris, Javier Velaza Frías)	99
La toponimia de las ciudades vasconas (José Luis Ramírez Sádaba)	127

### CUESTIONES HISTÓRICAS E HISTORIOGRÁFICAS

Los Vascones de las fuentes clásicas en época romana: crónica historiográfica (2004-2008) (Javier Andreu Pintado, M <sup>a</sup> Jesús Peréx Agorreta)	147
Algunos apuntes sobre los Vascones en la guerra sertoriana (Eduardo Artica Rubio)	169
De nuevo sobre el itinerario de Sertorio por el valle del Ebro y por el <i>ager Vasconum</i> (Serafín Olcoz Yanguas, Manuel Medrano Marqués)	191
Sertorio, Pompeyo y el supuesto alineamiento de los Vascones con Roma (Francisco Pina Polo)	195

<i>Gracvrris</i> y los <i>oppida</i> de antiguo Lacio (Estela García Fernández)	215
Las tabulas de hospitalidad de Arre (Pamplona) (Borja Díaz Ariño, Alejandra Guzmán Almagro)	231
Vascones y visigodos (Javier Arce)	243
Vascones y visigodos: analisis iushistórico de la organización militar (Roldán Jimeno Aranguren)	253
Los Vascones de la Literatura Latina tardía (siglos IV-VII) (Esteban Moreno Resano)	261
Navarra, la <i>Gallia</i> y <i>Aquitania</i> en la Antigüedad Tardía (Francisco Javier Navarro)	291
TERRITORIO, SOCIEDAD, POBLAMIENTO	
La ordenación del territorio vascón en la Edad del Hierro (Javier Armendáriz Martija)	303
<i>Arsaos</i> . Reflexiones históricas, geográficas y tipológicas en torno a una ceca indígena en territorio vascón (José Fernández Gómez)	339
Nuevos testimonios arqueológicos romano-republicanos procedentes del campamento de Sertorio en el curso bajo del río Alhama (Cintruénigo-Fitero, Navarra) (Manuel Medrano Marqués, Salvador Remírez Vallejo)	371
El <i>mvnicipivm Cascantvm</i> en la Antigüedad: Valoración general y aspectos arqueológicos (Marta Gómara Miramón)	403
Documentos de regadío en el Valle del Ebro. ¿Figuraba la vascona <i>Cascantvm</i> en el Bronce de Agón? (Carmen Castillo García)	415
Onomástica y organización social de los Vascones (Esther Cantón Serrano)	423
La proyección de la élite de los Vascones en época romana. Representación local, provincial y estatal (Estíbaliz Ortíz de Urbina Álava)	457
Contribuciones al estudio de la religiosidad de los Vascones (Eva Tobalina Oraá)	479

Grafitos nominales de la Plaza del Castillo de Pamplona 499  
(Mercedes Unzu Urmeneta, Pablo Ozcáriz Gil)

Ritmos epigráficos en el área nororiental del solar vascón: las Cinco Villas de Aragón 513  
(Ángel A. Jordán Lorenzo)

#### ÍNDICES ANALÍTICOS

Índice de fuentes	527
fuentes literarias	
fuentes epigráficas	532
fuentes numismáticas (cecas)	535
Índice onomástico	537
Índice topográfico	540
pueblos de la antigüedad	
topónimos antiguos	541
topónimos actuales	543
Índice de materias	553
acontecimientos y categorías históricas	
actividades económicas	555
administración romana	
cargos públicos y profesiones	556
ciencias auxiliares	557
religión	560
sociedad romana	
Vascones	561
Índice de autores modernos	562

## **PÓRTICO**

## PRESENTACIÓN

M<sup>a</sup> JESÚS PERÉX AGORRETA

Universidad Nacional de Educación a Distancia – UNED

LUIS J. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

UNED de Tudela

No resulta difícil presentar el volumen que aquí se inicia, ni en cuanto a su concepto –clarísimo, desde luego, ya desde su concepción inicial y, por supuesto, en su articulación final– ni en cuanto a su razón de ser o a la oportunidad de su edición. Como es sabido, la cuestión de la paleohispanística ha venido experimentando en los últimos años –y al abrigo, además, del empuje que a ella le han otorgado de modo particular algunos de los colegas firmantes de capítulos en este volumen colectivo– un inusitado desarrollo gracias al eficaz diálogo de historiadores, arqueólogos, epigrafistas, numismatas y filólogos que, de hecho, se ha echado en falta en otras cuestiones de la Historia Antigua Peninsular. Por eso, *Los Vascones de las fuentes antiguas* –consagrado al estudio detallado de muchos de los problemas que aun siguen abiertos en relación a esta singular etnia de la Antigüedad Peninsular y también a una de las cuestiones que más bibliografía ha generado en los últimos diez años– puede considerarse un hito más –meritorio, oportuno y excelente, en cualquier caso– en dicho renacer de los estudios sobre lenguas, pueblos y culturas de la España prerromana. El horizonte temático, pues, en el que el volumen se integra justifica éste plenamente al margen de las numerosas novedades que el trabajo recoge tal como el lector podrá comprobar.

Gracias a la labor del Dr. Sayas y de la Dra. Peréx, desde luego, no resultará pretencioso afirmar que el Departamento de Historia Antigua de la Universidad Nacional de Educación a Distancia se ha convertido en un centro casi de referencia en lo que a los estudios sobre los Vascones antiguos



se refiere. La reciente incorporación del Dr. Andreu a la plantilla de profesores del Departamento ha estimulado, si cabe –dada la activa vinculación de aquél al dinámico Centro Asociado de la UNED en Tudela–, la dedicación a la cuestión que, de hecho, ha merecido el reconocimiento –entre otras líneas de investigación abiertas en relación a la Antigüedad por dicho Departamento– como línea de un Grupo de Investigación Consolidado por parte del Vicerrectorado de Investigación de la UNED. En torno al Departamento, se realizan ahora varias Memorias de Licenciatura relativas a la cuestión vascónica –o, cuando menos, a problemas relacionados con el complejo ‘territorio vascón’, de que tanto se hablará en las páginas que siguen–, se publican continuamente artículos sobre la cuestión en la Serie de Historia Antigua de su revista *Espacio, Tiempo y Forma* y se programan con la debida periodicidad reuniones científicas y discusiones especializadas sobre la cuestión y sobre algunas de sus implicaciones tangenciales pero igualmente centrales en la reflexión sobre el problema y, por tanto, en nuestro conocimiento de la Historia Antigua Peninsular. En ellas, lógicamente, la activa y muy acertada política de Extensión Universitaria desarrollada por la sede de la UNED en Tudela ha desempeñado un papel fundamental. Y, lo sorprendente de la misma –además– es que ésta rara vez cuenta con el apoyo de subvenciones públicas y, muchas veces, por ello, se autofinancia gracias a su notable éxito de público de igual modo que surge gracias exclusivamente a las propuestas de los docentes del citado Centro –cuya política de Calidad es todo un referente en la red de Centros Asociados de la UNED–, al empuje de todo el personal y, como es este caso, al apoyo decidido de la Sede Central.

Así, en el excelente marco de sus casi noventa actividades anuales –programadas para el perfeccionamiento de la formación del alumno universitario y para la adecuada conversión de la universidad en foco de desarrollo cultural, social e intelectual del entorno que le acoge– la UNED de Tudela se ha hecho un hueco en los foros especializados sobre Historia Antigua gracias, desde luego, al empuje del Dr. Andreu pero, especialmente, también, al apoyo del Departamento de Historia Antigua de la Sede Central y al empeño decidido de todo el personal del Centro y, especialmente, del de la citada Oficina de Extensión Universitaria. En dicha labor, en ningún caso, se ha pretendido suplantar el protagonismo de ninguna de las universidades convencionales del entorno geográfico más inmediato sino, sencillamente, cumplir con una vocación de responsabilidad social que –si bien ha presidido también otras de las ya conocidas como “Reuniones de Tudela sobre Historia Antigua”, que caminan ya por su quinta edición– se ha ejercido con especial placer cuando se ha decidido a tratar sobre los orígenes históricos de una tierra tan singular como lo es Navarra, cruce de influencias diversas ya desde el mundo antiguo como, de hecho, el lector, podrá comprobar en este volumen y horizonte del desvelo investigador de muchos de los profesionales del área de Historia del Centro Asociado.

En el seno, por tanto, de ese renacimiento de la Paleohispanística y de la acertada política de promoción de los estudios clásicos desarrollada por la UNED y, muy especialmente, por la UNED de Tudela, la Serie Instrumenta de la Universitat de Barcelona –por la oportunidad de los temas tratados, por la solvencia de las contribuciones y por la coherencia del contexto investigador en que muchas de ellas han surgido– ha considerado que el original que ahora ve la luz –posible, además, gracias a la colaboración de ambas instituciones y del Ministerio de Ciencia e Innovación– forme parte de su ya nutrida serie de volúmenes monográficos de Historia Antigua lo que, desde luego, es digno de agradecer a la Dirección de dicha Serie, empeño personal del Dr. Remesal, uno de nuestros mejor valorados Catedráticos. Estamos confiados y seguros de que el libro será, desde ya, todo un referente en los estudios sobre mundo antiguo en la Península Ibérica y estimulará –al menos así es deseable que suceda– otras actualizaciones semejantes relacionadas con otros de los diversos pueblos que constituyeron la *Hispania* prerromana siendo, por tanto, extraordinariamente útil a la investigación venidera.

## NOTA EDITORIAL

JAVIER ANDREU PINTADO

Universidad Nacional de Educación a Distancia – UNED (Tudela)

Según el *Diccionario de la Real Academia* española, se denomina “síntesis” a la “suma y compendio de una materia u otra cosa”. Muchos han sido quienes –durante mucho tiempo y todavía hoy– han pensado que dedicar energías al estudio de los *Vascones* de las fuentes antiguas era sólo posible desde una metodología sintética, orientada a recoger y revisar las antiguas evidencias sin que –a su juicio– fuera posible, por tanto, la “ampliación del conocimiento científico” que, conforme al citado *Diccionario*, es esencia de la investigación, sin que –en apariencia y, por tanto– dicha labor pudiera aportar novedades científicas respecto de un tema.

Sin embargo, creemos que pocas cosas están tan lejos de la realidad de la investigación especializada como dicha afirmación si ésta se aplica a la etnia de la Antigüedad hispana que inspira el volumen que el lector tiene en sus manos. Al margen de que –como reconocieran reputados maestros como R. Syme– la síntesis de evidencias es, *per se*, investigación, pocas cuestiones han experimentado en los últimos años –al hilo, no se oculta, de un cierto renacimiento de la historia local y de un cada vez más sugerente y necesario estudio sobre las identidades en la Antigüedad– un desarrollo tal como la que podríamos denominar la “cuestión vascona”, las *res controuersiae historiae Vasconiae* que, en su día, anotara por primera vez J. J. Sayas. Más aun, ni las escasas noticias que sobre los *Vascones* –“los vascos de la Antigüedad”, como siempre los ha llamado J. M<sup>a</sup> Blázquez, que nos ha hecho el honor de prologar este libro– nos han transmitido las fuentes literarias clásicas han quedado exentas de reinterpretaciones en los últimos años y, de modo especial, en las próximas páginas. Tampoco una cuestión clave y esencial como la del poblamiento –aparentemente cerrada tras el exhaustivo, sólido y muy meritorio trabajo de M<sup>a</sup> J. Peréx, a mediados de los ochenta– ha podido resistir las novedades aportadas por la Epigrafía

y –de modo especial– por la Arqueología que, con el concurso fundamental de la Toponimia y de la Lingüística, tanto están contribuyendo a transformar nuestro conocimiento de una etnia histórica sobre la que –para muchos y, sorprendentemente– estaba todo dicho y cuya realidad histórica apenas podía ser objeto de recapitulaciones repetitivas y aparentemente estériles e improductivas.

El volumen colectivo que el lector tiene en sus manos nos parece representa –especialmente– una negación de dicho tópico, una reivindicación de cómo la interdisciplinariedad contribuye en la Historia Antigua a modificar nuestro conocimiento de las sociedades del pasado, y un ejemplo de cómo cuando las fuentes literarias callan –si es que lo han hecho pues, como constatará el lector en algunas de las contribuciones de este libro, más parece que, en relación a los *Vascones*, no hayan hecho sino empezar a balbucear– son las arqueológicas y las epigráficas –en ningún caso menores y en absoluto de segundo orden para el historiador de la Antigüedad– las que nos obsequian con datos suficientes como para conocer, en este caso, la organización, formas de vida, y la evolución histórica de una etnia histórica tan singular como fueron los *Vascones*. El volumen pretende ser, sobre todo –y en ello lo han convertido el decidido y audaz esfuerzo de muchos colegas– un trabajo moderno, de revisión historiográfica, de actualización y, por tanto –también y especialmente– de investigación que funde la incentivación –con nuevos tonos– de clásicos –que no cerrados– debates historiográficos –a los que se dedica el segundo bloque de contribuciones– con el planteamiento de nuevas cuestiones bien de tipo conceptual –como la tan traída y llevada de la etnicidad y de la identidad para la que, creemos, este volumen aporta, además, nuevas soluciones o, cuando menos, nuevas propuestas metodológicas desde las que acercarse al problema– bien de tipo metodológico. Y todo ello con el sello absoluto de la novedad pues son muchos los asuntos sobre los que los colegas que en él participan aportan novedades, bien hermenéuticas, bien directamente materiales pero novedades, en cualquier caso.

Como tal, este trabajo –que ojalá sea consultado con aprovechamiento por todos los que nos ocupamos de la Historia Antigua de la Península Ibérica– es el fruto de la feliz colaboración de tres instituciones que, en los últimos años, se han distinguido a la vez por la investigación de calidad y por la adecuada transferencia de los resultados de dicha investigación a la sociedad y a la comunidad científica, dos de los ejes de referencia de cualquier institución de enseñanza superior. Así, el Centro Asociado de la UNED en Tudela –que acogió en su IV Reunión Tudelana de Historia Antigua el coloquio que generó la mayor parte de los asuntos tratados en el volumen– es ya reconocido por su activísima política de extensión universitaria en la que, desde luego, ha sido pionera ahora que ésta –en forma de seminarios y actividades complementarias de formación para el alumno– es ya una realidad reivindicada por el nuevo Espacio Europeo de Educación Superior. Por su parte, la Universidad Nacional de Educación a Distancia, cuyo Departamento de Historia Antigua y, en particular, su Grupo de Estudios Avanzados en Historia Antigua constituyen todo un ejemplo de la necesaria integración disciplinar que –nos parece– debe presidir el método de trabajo en la investigación en Historia Antigua, y, por último, pero, ni mucho menos en último lugar, la Serie Instrumenta, de la Universidad de Barcelona, sin duda la más prestigiosa serie de publicaciones monográficas sobre Historia Antigua de cuantas ven la luz en el tejido universitario español que ha mostrado –desde el surgir de la idea– un gratísimo interés en acogerla en su reputada serie editorial. Dicha implicación es, sin duda, una muestra más de la novedad, interdisciplinariedad, y rigor que son notas definitivas del libro y de –como se ha dicho– el compromiso profesional de las instituciones en él implicadas y, sin duda, también de los colegas que lo han hecho posible con sus excelentes trabajos y lo han enriquecido con sus cuidadas aportaciones.

Como impulsor del proyecto, editor de la obra y coordinador de la línea monográfica consagrada al estudio de los *Vascones* que forma parte del aludido Grupo de Estudios Avanzados

en Historia Antigua de la UNED sólo me resta desear que estas páginas estimulen –como es su objetivo– un fructífero debate sobre uno de los pueblos más controvertidos –pero, a la vez, más apasionantes– del mosaico étnico que Roma encontró en nuestras tierras hace ya veintitrés siglos y contribuyan a desterrar la estéril idea de que determinados temas de nuestra Historia Antigua sólo merecen proyectos de síntesis.

# **ETNIA, ETNICIDAD, IDENTIDAD**

## VASCONES, AUTOCTONÍA, CONTINUIDAD, LENGUA. ENTRE LA HISTORIA Y LA HISTORIOGRAFÍA\*

FERNANDO WULFF ALONSO  
Universidad de Málaga

### 1. ALGUNAS CUESTIONES PREVIAS

No creo que sea necesario defender que la reflexión sobre las identidades colectivas en los últimos años se ha convertido en un tema crucial. En ello influyen sin duda las complejidades de un mundo cada vez más interconectado –globalizado según la palabra de moda– donde los individuos experimentan la multiplicidad y el cambio en sus propias pertenencias y donde se imponen nuevas formas de organización de los Estados que, como la Comunidad Europea, rompen con los axiomas sobre la soberanía nacional contruidos con los modelos del Estado-nación decimonónico. El impacto del anticolonialismo y de su crítica se ha unido también a esto, azuzado, además, por la propia reflexión sobre las consecuencias de tales modelos en la historia de los dos últimos siglos y, en particular, del pasado.

Si la reflexión historiográfica ha ido caracterizándose desde la II Guerra Mundial por su capacidad de abrir nuevos campos y explorar en todas las direcciones, era de prever que tras los fértiles años sesenta y setenta dirigiera también su mirada hacia este tipo de problemas. Tal como

---

\* Este trabajo ha sido realizado con ayuda de los fondos aportados por la Dirección General de Universidades de la Junta de Andalucía al grupo de Investigación “Grupo de Estudios historiográficos”. Agradezco la firme corrección estilística de Rafaela Díaz, y los consejos de los profesores J. M. Roldán Hervás, J. J. Sayas Abengoechea, G. Pereira-Menaut, G. Cruz Andreotti, F. Pina Polo, F. J. Andreu Pintado y J. L. García Alonso.

la equiparación de derechos entre mujeres y hombres ha ido imbricada a la crítica al concepto de lo natural e ineludible de las relaciones hasta el momento dominantes en el campo del género, y tal como su análisis ha cimentado nuevas posibilidades de construcción de relaciones humanas en este ámbito, las nuevas formulaciones teóricas aspiran a la construcción de formas de entender las identidades que no estén cargadas de las amargas secuelas de guerras y conflictos ligadas a las rígidas concepciones que venimos heredando y que se presentan a sí mismas como naturales e inevitables.

Yo diría que en este terreno, en el campo historiográfico, se presentan tres líneas de trabajo de interés. La primera se refiere a la reflexión sobre el nacionalismo en tanto que tal, sobre su definición, novedad, orígenes o características<sup>1</sup>. La segunda, al papel de la historia y, a nuestros efectos, de la historia antigua y de la arqueología, en las construcciones nacionalistas específicas<sup>2</sup>. La tercera, defendería que cuando se constituyen las ciencias sociales a partir, en particular, de finales del siglo XIX, tanto las estructuras académicas como la propia mentalidad de los historiadores se encuentran inmersas en un conjunto de intereses y de valores, explícitos e implícitos, que llevan a formular perspectivas llenas de cargas de profundidad ideológica que refuerzan los modelos dominantes de entender las sociedades; en un mundo presidido por el imperialismo y el nacionalismo, concebido como la única forma de entender las colectividades humanas, se proyectan esos modelos sobre el presente y sobre el pasado. Con independencia de cómo se definan estos modelos de fondo –que en el mundo anglosajón han tendido a ser denominados en claves de lo moderno/postmoderno– este planteamiento conlleva la exigencia de pensar la propia historia de las disciplinas y de los conceptos básicos que las han estructurado<sup>3</sup>. No sorprende que los tres aspectos estén íntimamente ligados, que la reflexión sobre ello abarque a todas las ciencias sociales ni que sea a la vez historiográfica y metodológica.

Para concretar esto un poco más, puede merecer la pena plantear el que podría ser uno de los más típicos esquemas interpretativos nacionalistas. Según éstos, las colectividades humanas serían concebidas como simples seres orgánicos con un nacimiento bien definido e identificado con un colectivo específico –preferiblemente de la Antigüedad–, una trayectoria vital precisa, caracterizados por la unidad de cultura, lengua y raza, consecuentemente con una personalidad-cultura única y visible desde su origen, y que habrían de funcionar con una voluntad igualmente única; la propia imagen orgánica ayuda a entender el concepto que se proyecta de la incomunicabilidad con las restantes –quizás algo menos con las procedentes de la misma familia lingüística-racial– y la idea de la substancial

---

<sup>1</sup> Dos introducciones aún útiles al debate, que no ha amainado en los últimos años, en J. M. FARALDO, *Modernas e imaginadas, el nacionalismo como objeto de investigación histórica en las dos últimas décadas del siglo XX*, *Hispania* 61, 3, 209, 2001, 933-964 y U. ÖZKIRIMLI, *Theories of Nationalism. A Critical Introduction*, Nueva York 2000, con referencias a autores como B. Anderson, E. Gellner, E. J. Hobsbawm, M. Hroch, A. D. Smith...

<sup>2</sup> Ver F. WULFF, ¿Unidos contra Roma? Notas historiográficas sobre identidades europeas y mundo antiguo a partir del caso español, *Revista de Historiografía* 6, 4, 2007, 14-29, para una bibliografía del tema, una perspectiva comparativa y algunas sugerencias; *Historias nacionales e Historia de Roma: el caso español*, en: *Hommage C. Deroux. 5. Christianisme et Moyen Âge, Néo-latin et survivance de la latinité*, Bruselas 2003, 604-616. Entre los muchos ejemplos posibles de lo publicado, véase P. L. COL y C. FAWCETT (eds.), *Nationalism, Politics and the Practice of Archaeology*, Londres 1995; M. DÍAZ ANDREU y T. C. CHAMPION, (eds.) (1996), *Nationalism and Archaeology in Europe*, Londres 1996 o P. M. GRAVES-BROWN, S. JONES y G. GAMBLE (eds.), *Cultural Identity and Archaeology: The Construction of European Communities*, London 1996.

<sup>3</sup> Ver, por ejemplo, S. JONES, *The Archeology of Ethnicity. Constructing Identities in the Past and Present*, Londres-Nueva York 1997; J. THOMAS, *Archaeology and Modernity*, Londres-Nueva York 2004. Para un intento de introducción al problema global y su aplicación al debate sobre la “romanización” ver F. WULFF, ¿Por qué las identidades hoy? Historia antigua y arqueología ante un cambio de paradigma, en: F. WULFF y M. ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR (eds.), *Identidades, territorios y culturas en la Andalucía prerromana*, Málaga en prensa, con la bibliografía; Las provincias de Hispania en época republicana: una reflexión sobre enfoques y perspectivas, en: J. SANTOS y E. TORREGARAY (eds.), *Laudes provinciarum. Retórica y política en la representación del Imperio Romano*, Vitoria 2007, 41-67.

hostilidad entre las sociedades que lo cimienta todo, proyectada también en lo tocante a otro aspecto esencial, la idea de un territorio propio y sagrado, bien definido en sus fronteras frente a los otros.

La pretensión de homogeneidad va ligada también a lo que esto supone para el individuo, al que se concibe como caracterizado por una pertenencia única que abarcaría o debiera abarcar el conjunto de su personalidad y de su vida. La identidad colectiva es un hecho en sí, como lo es la del individuo en su seno, quiera o no quiera, y es concebida como evidente, tanto que sería prácticamente innecesario constatar en una sociedad dada y definida la consciencia de la pertenencia de sus miembros, lo que llamaríamos hoy la “etnicidad” en el sentido de la identificación-identidad de los individuos con una pertenencia colectiva determinada.

Se entiende bien en todo esto el papel de la Arqueología y de la Historia Antigua a la hora de definir y explicar el delicado momento de los orígenes propios y ajenos, de lo que en definitiva es poco menos que una semilla que contiene su futuro. Poco hay comparable, sin embargo, al papel de la historia misma en su globalidad, destinada a probar la continuidad desde el nacimiento, los procesos posteriores de crecimiento-aprendizaje, a definir los oponentes que habrían impedido desarrollar sus características propias, a concretar el ámbito territorial propio destinado desde los orígenes, a potenciar la esperanza de la unidad, a resaltar los antepasados que pudieron reconocerlo, ofrecer ejemplos de entregas en el altar de la patria, a celebrar o alentar la consecución de los objetivos milenarios...

Pero no olvidemos tampoco el papel de antropólogos o folkloristas para advertir los viejos rasgos en sus supervivencias actuales, y colaborar con lo que se ha llamado “la invención de la tradición”; de historiadores del arte y estudiosos de la literatura para construir cánones “nacionales”; de los lingüistas para aseverar lo irreducible de la *Weltanschauung* o concepción del mundo que proyectaría cada lengua; o de los geógrafos para construir la imagen de lo irreductiblemente propio del paisaje patrio y de su poco menos que mística conexión con sus habitantes.

No es necesario insistir mucho en que estos modelos esencialistas resultan substancialmente antihistóricos. Una percepción orgánica de los desarrollos de las colectividades humanas implica la minusvaloración de los contactos, cambios, procesos de nacimiento y desaparición de identidades y supone la negación de lo aleatorio y contingente de un suceso humano que se hace presidir por móradas colectivas prácticamente predeterminadas. No es casualidad que se concrete también en la negación de lo múltiple de las pertenencias, en la proyección de un modelo prototípico de individuo miembro del grupo y, finalmente, en la restricción de las potencialidades de éste, convertido poco menos que en una célula de un cuerpo a la que le corresponde actuar en consecuencia –so pena de convertirse en una célula cancerígena–, esto es, descubrir y asumir su condición de tal. No deja de ser curiosa la hegemonía de esta construcción de la pertenencia identitaria en un siglo como el XIX en el que se produce la mayor concentración en toda la historia del mundo hasta el momento de procesos de homogeneización económica, social y cultural.

Se ha insistido muchas veces en cómo las historias nacionales son substancialmente constructoras de hostilidad entre los países; cabría añadir su incompatibilidad con una perspectiva abierta y cosmopolita del mundo y los componentes potenciales de interpretación totalitaria que la historia del siglo XX (y ya la del XXI) se ha encargado de resaltar. Pero, por encima de todo, lo más característico es que son falsas. La historia del mundo nos muestra que las identidades, las culturas y sociedades, son el fruto de procesos históricos concretos, de interacciones entre los individuos y unas colectividades que son también cambiantes, múltiples, y hasta elegibles, que pueden también desaparecer para dar lugar a otras, que a su vez nacen y cambian.



Conviene incidir en el tercer punto señalado: no se trata sólo de modelos aplicados a las historias nacionales propias o ajenas, sino de concepciones que fueron claves a la hora de articular el pensamiento en las ciencias humanas y en la historia en general, de pensar sus objetos de estudio respectivos en el campo de las sociedades humanas, se refirieran o no al Estado que cobijaba las instituciones en las que desarrollaban sus formulaciones. Y es aquí donde hay que entender la crítica a la que se han visto sometidos estos aspectos en los últimos años y de la que hablábamos antes. Podría ser útil situar brevemente dos ejemplos, uno de plenitud referido a la Historia Antigua y otro de ruptura referido a la Antropología.

No podríamos quizás poner un ejemplo más característico que el del gran padre de la historia romana, Th. Mommsen<sup>4</sup>. Se ha tendido a señalar que en su visión de la historia de la República proyecta su sueño de la unidad nacional alemana en la historia romana, y es cierto. Pero también lo es que en su obra se encuentra, y casi se inventa, toda una sistemática aplicación de lo que venimos señalando. El principio es que hay una identidad italiana original y que entiende que se lleva adelante el necesario proceso de su unidad a partir de Roma, que es parte de esa nación. La historia de la República tiene como eje esencial este tema, desde los genios que la construyen en la Alta República a los que la ponen en juego junto con su propia existencia en el siglo II a. C. hasta César que la reconstruye, a la vez que fusionaría la identidad romana con la identidad helena –algo posibilitado por su comunidad ancestral dentro del tronco indoeuropeo– en una perspectiva universal.

Acompañando a la idea de lo deseable e inevitable de esa unidad, está la de la identidad como una realidad en sí, automáticamente existente, no fruto del acuerdo, no relacionada con la etnicidad entendida como autoconsciencia: se lee sin mediaciones en determinadas condiciones lingüísticas, étnicas, culturales, cabe imponerla al recalcitrante, como cabe imponer la cultura concebida como propia a los que están destinados a ser parte de ella. Y de fondo se postula también la idea de que las naciones se miden por un doble rasero en lo referente a sus cualidades, que son innatas: su capacidad cultural –medida óptimamente en su potencialidad para asimilar y recrear la que representa la cultura por excelencia, la griega– y su capacidad política, medida en términos de si son capaces de conseguir su unidad, tan necesaria para competir e imponerse en el mundo necesariamente hostil de las relaciones entre comunidades humanas. Consecuentemente con todo ello, las viejas “naciones” de la Antigüedad se proyectan hasta el presente (los *Germanen* no aparecen como *Germanen*, sino como *Deutsche*, por ejemplo), es decir, al revés, se entiende el imperialismo como la fase superior del nacionalismo y se interpreta positivamente el romano en claves del efecto necesario de su superioridad intrínseca, de su papel civilizatorio y de una perspectiva providencialista de la historia de Occidente. Frente a ello los celtas, casi paradigmáticamente, estaban destinados por sus limitaciones a ser meras víctimas de todo lo anterior, como los indios de las praderas americanas ante el inevitable avance de la civilización hacia el Oeste. No cabe extenderse en otros muchos aspectos relacionados con lo señalado, por ejemplo, la exaltación de la unidad territorial de Italia, la idea de su necesaria homogeneidad cultural y lingüística con la conquista romana, la supuesta aparición de los sentimientos nacionales en los súbditos de Italia o la deseable “romanización” de los provinciales, concebidos antes de Roma también como espacios étnica y culturalmente homogéneos, bien delimitados por fronteras definidas y en los que Roma hace lo que es natural que haga y poco menos que su deber, imponerles su poder y sus formas propias.

---

<sup>4</sup> Para su obra y lo que sigue ver F. WULFF, *Sin noticias de Italia. Roma e Italia. Identidades y pertenencias en el último siglo de la República romana*, Madrid en prensa. Ver como ejemplo de lo señalado TH. MOMMSEN, *Römische Geschichte*, 3 vols., Berlín 1888-1889 (8ª ed.), I, 6ss.; 13; 18ss.; 23ss.; 28-9; 41; 418ss.; 428ss.; 451-2; 540-1; 548ss.; 661ss.; 781-2; II, 219ss.; 373; 406-7; III, 300-1; 220-1; 236ss.; 272ss.; 297ss.; 510; 551; 558ss.; y 568.

Como se ve, el problema central es cómo sus modelos globales se acompañan de perspectivas muy concretas sobre cómo son las comunidades humanas y sus relaciones; Th. Mommsen recoge las concepciones de su época y las reelabora y proyecta en una de las obras de historia más leídas de la contemporaneidad y sobre un tema esencial en la cultura y la educación europeas.

Este ejemplo viene bien para entender, en esta misma línea, por qué en los últimos años se está sometiendo también a crítica la mirada estática a las identidades romana o griega para poder historizar lo que antes se tendía a presentar también como una realidad única e impermeable al cambio y a las influencias externas, las “orientales” en particular.

Si Th. Mommsen puede representar la elaboración del modelo en un ámbito tan general como el de la historia de Roma, que desborda cualquier historia “nacional”, el siguiente ejemplo se sitúa poco más de un siglo después y se refiere, no por casualidad, a la antropología, en pleno periodo de descolonización, y a un autor que es pionero en su desmantelamiento.

Con los datos de su trabajo de campo sobre la Alta Birmania E. R. Leach<sup>5</sup> puso en duda la propia definición antropológica de un grupo de estudio (“tribu”, por ejemplo) y la pretensión de comprenderlo aislado de las demás, cuando la realidad mostraba la normalidad de las relaciones entre grupos, incluso su interdependencia. A la vez observó la falsedad de la idea de la necesaria homogeneidad cultural y étnica de los territorios, de las asociaciones entre “tribus”, lenguas y espacios definidos proyectados en los mapas, y la normalidad de la multiplicidad.

Resaltó cómo en el territorio en estudio se observaba una gran heterogeneidad de rasgos culturales, incluida la lengua, y la falsedad de la idea de que éstos impliquen necesariamente la conciencia de pertenencia. Por el contrario, la autoconciencia de un grupo y su definición frente a otro podía darse con independencia de la participación en rasgos culturales, étnicos o lingüísticos. Con todo ello se desmontaba el presupuesto de la homogeneidad interna de los grupos, se incidía en la diversidad de organizaciones políticas y de las opciones de esos grupos “primitivos”, supuestamente estáticos y equilibrados, a la hora de cambiarlos. Y, finalmente, pudo también probar la falsedad de la idea de la propia continuidad identitaria: grupos e individuos por intereses específicos podían cambiar de nombre, lengua o afiliación... Y los índices externos para evaluar automáticamente su etnicidad resultaban ser falsos.

El libro de E. R. Leach marcó en gran medida las reflexiones sobre identidad que presidirían la reflexión antropológica en los decenios siguientes y es un buen índice de la participación de la antropología en esos valores nacionalistas de que hablábamos y de su carácter de pionera en desmontarlos<sup>6</sup>. Con ello iba quedando abierta al estudio la perspectiva de la infinita variedad de la complejidad e interacciones de los grupos humanos frente a los dogmas anteriores, del propio hecho de que las identidades colectivas cambian e incluso nacen. Los procesos de descolonización no dejaron de ofrecer ejemplos bien visibles de lo señalado, presididos como estaban por el propio hecho de que las fronteras coloniales, por ejemplo, eran fruto de decisiones administrativas de las metrópolis y, como en el caso español en América, generaron antes y después Estados e identidades nuevas,

---

<sup>5</sup> E. R. LEACH, *Sistemas políticos de la Alta Birmania. Estudio sobre la estructura social kachin*, Barcelona 1976 (sobre la 2ª ed. de 1964).

<sup>6</sup> Ver H. ERIKSEN, *Ethnicity and Nationalism. Anthropological Perspectives*, Londres 2002 para esa evolución, también con el papel decisivo de F. BARTH (ed.), *Ethnic Groups and Boundaries: The Social Organization of Cultural Difference*, Boston 1969.

por más que la aplicación del modelo exigiera su búsqueda de “raíces” y legitimaciones previas, incluyendo la tendencia a la invención de imágenes paradisiacas del propio pasado precolonial.

No me parece necesario resaltar la conexión de todo esto, de los conceptos y categorías en juego aquí, con las de quienes estudiaban sociedades “primitivas” en la historia: prehistoriadores, arqueólogos o antiquistas en general. Pero puede ser útil señalar que S. Jones<sup>7</sup> ha incidido con razón en que lo específico del modelo tradicional había sido la aplicación de todos estos componentes en claves que se pueden definir como normativas, es decir, los presupuestos de la homogeneidad, exclusividad, especificidad, estatismo, falta de contactos, continuidad orgánica... venían a parar en el análisis de la cultura material para encontrar los objetos o estructuras que se consideraba que definían normativamente al grupo, cuyas prácticas y creencias quedaban necesariamente entendidas como reguladas de manera uniforme. Se entiende, de nuevo, que la identidad en claves de etnicidad no necesitaba siquiera ser investigada. Desde esta perspectiva, habría que esperar a los años noventa para que todos estos temas adquirieran la centralidad que les corresponde y que había pasado desapercibida incluso para las corrientes más innovadoras, como la Nueva Arqueología o las diferentes tendencias marxistas.

Quizás podamos evitarle adicionalmente al lector el riesgo de una perspectiva excesivamente aérea si recordamos la formulación prototípica para la Península Ibérica, la de A. Schulten<sup>8</sup>. Recordemos, por ejemplo, su definición racial de los grupos, la cruda aplicación de la ecuación raza, lengua, cultura, con un uso sistemático de los modelos mommsenianos sobre sus capacidades (e incapacidades) culturales y políticas, con la consiguiente búsqueda de elementos específicos de cultura material o el invasionismo como explicación que lo subordina todo y que es la gran y casi la única explicación del cambio. Recordemos también su lectura *a fortiori* de las fuentes para afirmar las continuidades en toda la historia antigua peninsular, que no duda en llevar hasta el presente. Y, por último, las delimitaciones territoriales precisas proyectadas en mapas con fronteras bien definidas gracias a interpretaciones en estas mismas claves de las fuentes antiguas.

Schulten nos vale aquí de ejemplo por ser lo que es: el representante más significativo del paradigma dominante que venimos analizando. Sería injusto no señalar los cambios anteriores –pienso, por ejemplo, en el oportuno final del modelo gentilicio de interpretación de las sociedades del Norte peninsular–, pero también creo que es en la última quincena de años cuando se han venido concentrando las revisiones en profundidad sobre cómo concebir Roma, las sociedades indígenas y los cambios que sobrevienen. En este sentido, no se diferencia en mucho del contexto internacional, donde encontramos elementos iniciales en esta dirección ya en los ochenta<sup>9</sup> y su desarrollo a partir de los noventa.

Hay dos aspectos que me parecen esenciales en esta reflexión<sup>10</sup>. El primero es el replanteamiento del componente meramente destructivo del impacto de Roma, que va unido a

---

<sup>7</sup> Ver S. JONES, *The Archeology...*, 24ss.; 38ss.; 48ss.; 107ss.; 136ss. y *passim*.

<sup>8</sup> F. WULFF, Adolf Schulten. Historia Antigua, Arqueología y racismo en medio siglo de historia europea, estudio preliminar a la reedición de A. SCHULTEN, *Historia de Numancia*, Pamplona 2004, IX-CCXVII.

<sup>9</sup> Ver, por ejemplo, el trabajo de R. BRANDT y J. SLOFSTRA (eds.), *Rome and the Natives in the Low Countries. Spheres of Interaction*, Oxford 1983. En España es justo reconocer el carácter pionero de los trabajos de G. PEREIRA-MENAUT, La formación histórica de los pueblos del Norte de Hispania. El caso de Callaecia como paradigma, *Veleia* 1, 1984, 271-287; Cambios estructurales *versus* romanización convencional. La transformación del paisaje político en el Norte de Hispania, en: J. GONZÁLEZ y J. ARCE (eds), *Estudios sobre la Tabula Siarensis*, Madrid 1988, 245-259.

<sup>10</sup> Para el enmarque de todo esto en una formulación más amplia de los planteamientos del autor aplicados a la Península Ibérica ver: F. WULFF, Sociedades, Economías, Culturas, en: J. M. ROLDÁN y F. WULFF, *Citerior y Ulterior. Las provincias*

la puesta en cuestión de la idea de su interés consciente por proyectar su identidad cultural y política. El componente de construcción identitaria nueva en relación con las estructuras políticas o administrativas generadas por Roma –y, por tanto, sin contradicción con ella– encuentra un buen ejemplo en un espacio como Callaecia, pero también en provincias específicas como Lusitania. El mismo desarrollo de la identidad romana es una prueba de la historicidad de las identidades, y más considerando que sus evoluciones son impensables sin la intervención de la cultura procedente de Grecia, uno de sus territorios sometidos; pero también lo son otros desarrollos en el marco provincial que no necesariamente tienen que ser meras imitaciones de lo que se entienda como romano –recordemos que es bajo el poder romano cuando nos encontramos los mayores ejemplos de castros– en cada momento, por más que en mi opinión la latinidad flavia marque un antes y un después en el conjunto de los procesos.

El otro aspecto nuclear es la necesidad de releer las fuentes literarias en claves distintas a las que provenían del modelo tradicional, que tendía a entender las referencias a los “pueblos” antiguos y su distribución sin preguntarse qué pretendían decir sus autores, es decir, proyectando sin más la idea de las continuidades y las imágenes señaladas sobre las fronteras como corporeizadoras del doble juego de la homogeneidad interna y de la oposición externa; volveremos luego a ello, pero recordemos, por ejemplo, que utilizar étnicos (“lusitanos”) era la manera habitual de referirse a los territorios, incluso cuando eran fruto de delimitaciones administrativas romanas (“Lusitania” es una provincia en la que pueden no estar ya siquiera los viejos “lusitanos” cuya localización exacta en el mapa dentro de ella, por lo demás, desconocemos). Hay pruebas, además, de que los viejos étnicos pueden ser utilizados por la administración romana sin que se refieran a ámbitos tan precisos como las provincias o a los *conventus* a efectos, por ejemplo, de leva.

Como veremos después, se complican las cosas aún más si recordamos que nuestras dos fuentes esenciales, Plinio y Estrabón, no sólo pueden usar étnicos para referirse a las provincias (turdetanos por habitantes de la Bética), o agrupar un ámbito dado bajo un nombre sin implicaciones administrativas, que sepamos, y que les conviene o tiene resonancias claras para el lector (“Celtiberia”), sino que afirman que no van a ser exhaustivos en su descripción de los grupos ante el sin sentido de acumular horribles nombres bárbaros en sus obras; el que definen amplios territorios con un solo nombre puede ser una opción personal como otra cualquiera, un recurso estilístico que tenga como objetivo aliviar lo seco de la exposición e incluso conectar con el lector y sus asociaciones de territorios y acontecimientos famosos (conquista, guerras civiles, productos conocidos...). En relación con el uso administrativo, pero también independientemente, los nombres étnicos pueden continuar siglos después siendo usados por unos habitantes perfectamente romanos, incluso formando parte de la historia de ese territorio y de ellos mismos asociados al papel de los pueblos originales (lusitanos, celtíberos...) en los momentos históricos que los hicieron famosos. Y pueden ser objeto de referencias meramente literarias más o menos pedantes, tal como hoy se puede llamar, por ejemplo, a las gentes de Calahorra calagurritanos sin mayores implicaciones, con independencia de que su aplicación a un espacio dado fuera fruto de su uso administrativo, literario o de una apropiación abusiva con meros fines de autoexaltación. El caso de Italia, tras la Guerra Social, las guerras civiles

---

*romanas de Hispania en la era republicana*, Madrid 2001, 349-614; Las provincias de Hispania...; Los nuevos modelos sociales. La expansión del esclavismo, en: J. ALVAR (ed.), *Entre fenicios y visigodos. La historia antigua de la Península Ibérica*, Madrid 2008, 189-200. La transformación de las comunidades indígenas, en: J. ALVAR (ed.), *Entre fenicios...*, 251-66; La cuestión de la romanización, J. ALVAR (ed.), *Entre fenicios...*, 351-64. Ver también S. J. KEAY, Romanization and the Hispaniae, en: S. J. KEAY y N. TERRENATO (eds.), *Italy and the West. Comparative Issues in Romanization*, Oxford 2001, 117-144, un trabajo interesante en un libro fallido.

y, en especial, las colonizaciones triunvirales no es distinto: los descendientes de los nuevos habitantes se identificarán con el paisaje, con los componentes de tipo religioso compatibles, así como con las imágenes utilizables de su pasado y caracterizaciones, propias y ajenas, populares o literarias.

## 2. EL CASO DE LOS VASCONES: UN PLANTEAMIENTO INICIAL

Antes de continuar, conviene recordar los tres ámbitos de reflexión sobre los modelos nacionalistas de que hablábamos al principio: sobre el nacionalismo en tanto que tal, sobre el papel de la historia, la historia antigua y la arqueología en las construcciones nacionalistas concretas y sobre los modelos de fondo impregnados de tales percepciones que han enmarcado las diversas ciencias sociales. Y conviene también distinguir entre las identidades y las pertenencias, que son un componente esencial de la propia condición humana, y el enfoque específico que los modelos nacionalistas imprimen sobre ellas y que presentan como el único posible.

El caso de los vascones presenta una complejidad por sí mismo y en el conjunto de sus usos como referente cultural o político que tiene que ver mucho con la historia y la historiografía de las zonas de habla vasca y, más en concreto, de sus diversas construcciones identitarias desde el Renacimiento hasta hoy. Todo un conjunto de estudiosos han convertido la zona en una de las mejor estudiadas de Europa en este terreno. Merece la pena hacer dos catas en los orígenes de su formulación específica y en la contemporaneidad para entenderlo mejor.

J. Caro Baroja y otros autores<sup>11</sup> han puesto de relieve el papel de las elaboraciones del siglo XVI, debidas en gran medida a grupos sociales que defendían o inventaban su condición privilegiada en el contexto de las posibilidades abiertas por el Estado Moderno que presiden los Habsburgo y el nuevo Imperio transmarino que posibilita sus objetivos políticos y dinásticos. Se ha estudiado menos su vinculación con el modelo historiográfico español que se propugna en este mismo siglo a partir de los Reyes Católicos, donde no podía faltar la esencia hispana presente en los antepasados envilecidos por los fenicios, conquistados por los púnicos y romanos, que al menos traían cultura, poco menos que salvados por los godos, conquistados de nuevo por los árabes y salvados y constituidos por los mismos Reyes Católicos en un Estado unificado que impediría nuevos abusos e invasiones en adelante y mostraría por contraste los riesgos de la desunión<sup>12</sup>. En este juego, las palabras claves son esencialismo e invasiónismo, con el presupuesto de la continuidad, palabras y conceptos que son también claves en las restantes construcciones historiográficas de las identidades europeas en el siglo que ve la expansión del Estado Moderno y de la propia imprenta; el caso de Francia puede servir para ejemplificar esto, incluyendo el papel de sus “antepasados los galos”<sup>13</sup>.

Grupos como los astures o los cántabros formaban parte esencial de estos argumentos y de la exaltación de los valores guerreros que habrían sido propios de los primitivos españoles, demostrándose –frente al Levante y el Sur continuamente contaminados y en consecuencia poco resistentes–, su indomable ansia de libertad en sus luchas contra Augusto y en su papel frente a los musulmanes. En este contexto, la lengua vasca en lo que entonces eran las Vascongadas y en el Reino

---

<sup>11</sup> Sigue siendo una mina de datos en este sentido su excelente retrato del cronista Esteban de Garibay en J. CARO BAROJA, *Los vascos y la historia a través de Garibay. Ensayo de biografía antropológica*, San Sebastián 1972. Ver también J. JUARISTI, *Vestigios de Babel. Para una arqueología de los nacionalismos españoles*, Madrid 1992.

<sup>12</sup> F. WULFF, *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona 2003, 41ss.

<sup>13</sup> Ver, por ejemplo, los diferentes artículos incluidos en P. VIALLANEIX y J. EHRARD (eds.), *Nos ancêtres les Gaulois*, Clermont-Ferrand 1982; y más globalmente S. CITRON, *Le Mythe National. L'Histoire de France en question*, París 1989, 103-104.

de Navarra, no podía menos que verse asociada en su continuidad a la pervivencia de lo hispano prístino hasta el presente, incluso cuando no se consideraba la única lengua de aquellos belicosos antepasados, tal como podía ocurrir con el bretón en Francia, por ejemplo. La asociación automática entre lengua y territorio permitía mantener también ahí esta imagen de pervivencia de los rasgos originales. Era evidente que no podía dejar de ser usada la remisión a los antiguos vascones, que ofrecían un antepasado útil, aunque no único, dentro de la común reivindicación de ser parte de la descendencia de Túbal, nieto de Noé.

Es desde aquí desde donde se entiende mejor la reivindicación vascongada y navarra de limpieza de sangre y de primacía, de hispanidad incontaminada como elemento de afirmación colectiva, de argumento cara a los privilegios y de ataque frente a terceros, por ejemplo, los judíos conversos que resultaban ser sus rivales para los puestos en la administración del Estado de los Austrias. En los siglos que siguen continúa el modelo historiográfico español y con él sus implicaciones para ambas zona; las elaboraciones en ellas de imágenes de su pasado en esta misma dirección continúan también por estas y parecidas sendas<sup>14</sup>.

En las construcciones nacionalistas del XIX español vuelve a ser utilizado el viejo modelo historiográfico como también lo será esa imagen de lo vasco prístino. En relación con ello, aquélla sigue siendo reivindicada, no sin variantes, en los siglos intermedios y será retomada en el XIX en lo que entonces eran las provincias Vascongadas y Navarra, desde posiciones perfectamente integradas en los modelos españoles, en la línea generalizada desde el Renacimiento. La asociación entre vascones y otros pueblos de la zona, vascuence, autoctonía y continuidad territorial y étnica podía continuar fundamentando las especificidades culturales, u opciones políticas, sin necesidad de salir de este modelo ni de generar otras implicaciones, por ejemplo, de unidad territorial en un marco político específico.

La misma crítica señalada ha puesto de relieve cómo la construcción nacionalista de Sabino Arana recoge todo lo anterior, pero también voces previas disonantes, para elaborar una imagen unificada de la historia de los dos ámbitos, así como de las francesas de habla vascuence, relacionada directamente con su afirmación de una única identidad y de un único proyecto de futuro aceptable, traducéndolo a las claves del nacionalismo ultracatólico de finales del XIX. Dejaremos de lado elementos nada secundarios, como la vinculación entre sangre vasca y catolicismo, o los componentes de contraste entre los rasgos específicos de este colectivo y la inferioridad racial intrínseca del español en comparación con él, para ceñirnos a los elementos que nos pueden ser más útiles aquí de su elaboración histórica, en particular la referida a la Antigüedad Clásica<sup>15</sup>.

Destaca la coincidencia con el viejo modelo español en los esquemas esencialistas e invasionistas, la recogida de los elementos tradicionales en relación con la lengua, empezando por la autoctonía y, por supuesto, lo específico del cambio en la dirección nacionalista señalada en la que

---

<sup>14</sup> Ver, por ejemplo, J. CARO BAROJA, *Sobre la lengua vasca y el vasco-iberismo*, San Sebastián 1979; A. TOVAR, *Mitología e ideología sobre la lengua vasca. Historia de los estudios sobre ella*, Madrid 1980; J. ANDREU, La imagen de la Navarra Antigua y de los Vascones en la historiografía del Antiguo Régimen: de P. Sandoval (1614) a J. Yanguas y Miranda (1840), en: *Navarra: Memoria e Imagen. Actas del VI Congreso de Historia de Navarra I*, Pamplona 2006, 23-43; J. ARANZADI, *Milenarismo vasco. Edad de Oro, etnia y nativismo*, Madrid 2000, 383ss. y *passim*; ver para el contexto M. AZURMENDI, *Y se limpie aquella tierra. Limpieza étnica y de sangre en el País Vasco (siglos XVI-XVIII)*, Madrid 2000.

<sup>15</sup> F. WULFF, Nacionalismo, Historia, Historia Antigua: Sabino Arana (1865-1903), la fundación del nacionalismo vasco y el uso del modelo historiográfico español, *DHA*, 26,2, 2000, 183-211; *Las esencias patrias...* 151 ss. El tema también ha sido tratado por J. ANDREU, Vascoiberismo, vascocantabrisismo y navarrismo: aspectos y tópicos del recurso ideológico a los Vascones de las fuentes clásicas, *Revista de Historiografía* 8-V, 2008, 41-54.

lengua se convierte en un referente teórico esencial y excluyente. El principio es común: existiría un pueblo vascongado desde los orígenes de los tiempos, asentado a ambos lados del Pirineo, y en la Península, ocupando, como mínimo, los territorios vascongado y navarro. Se caracterizaría desde entonces por el mantenimiento de una lengua específica, el vascuence, y la presencia de otras en el pasado y en el presente serían el fruto de invasiones posteriores. Ésta ofrece, además, la garantía de la continuidad, porque una lengua implica una concepción del mundo, una *Weltanschauung* específica; la continuidad de la lengua es la garantía de la continuidad de la sangre. Dado que los romanos al conquistar habrían buscado substituir las lenguas locales por la suya, como corresponde, su mantenimiento se debería a que nunca conquistaron estas tierras. No sería extraño: la historia posterior sería la historia de los invasores que pretenden acabar, sin conseguirlo, con los vascos y sus esencias. Las diferencias en la historia entre el Reino de Navarra y las zonas vascongadas, ligadas estas últimas desde muy pronto al reino castellano leonés, serían menores en éste y en los demás terrenos; y la participación en este reino de unos antes, y de ambos, después, en la España de los Reyes Católicos se minimiza o bloquea con una interpretación desmesurada de los fueros. Sangre y lengua seguirían unidos a una cultura específica y milenaria, poco o nada afectada por los vaivenes de la historia.

Esa cultura iría ligada también al carácter del colectivo, a sus virtudes ancestrales que, entre otras cosas, le habrían permitido transitar por la historia sin mezcla o sumarse a los cambios de la industrialización resistiéndose a los peligros morales y políticos que suscita. Los territorios donde se habla o se habría hablado vasco formarían parte, lo quieran o no sus habitantes, de esa unidad indiscutible y de esa identidad y personalidad colectiva; el papel propio de S. Arana, y del partido que funda, sería el revelarles la evidencia anterior y que todo ello exige necesariamente una estructura política propia. También en este aspecto la remisión al pasado es obligada: hubo un tiempo primordial (e indeterminado) en el que existió la unidad e independencia de este colectivo, una unidad e independencia que se repetiría después cuando había sido posible; así que la consecución de su unidad política no sería sino la recuperación de aquel momento prístino arrebatado por la serie de enemigos que culmina en la España de su tiempo y sus emigrantes.

No creo que sea necesario volver a lo antes planteado para señalar la vinculación de tales planteamientos con los modelos decimonónicos más característicos, en especial los construidos tras la reformulación de las doctrina nacionalistas por parte de los sectores más conservadores en los últimos decenios del siglo. Es una articulación muy simple de una gramática nacionalista del todo ilustrativa. En ella, la reivindicación de la pureza incontaminada y de la perfección del mundo imaginado en el pasado es directamente proporcional a la exigencia de estar a la altura de tales antepasados y a la virulencia de la definición del enemigo y de sus insidias. Los orígenes devienen estratégicos una vez más y la continuidad el presupuesto del juego, mediada por el uso de la lengua y por la negación sistemática de una historia vista únicamente en clave de pervivencia/amenaza y donde el contacto implica el peligro.

Tampoco parece necesario insistir en que la crítica histórica –otra cosa es la asunción política– de los últimos decenios ha demolido los presupuestos de fondo y las formulaciones específicas de la mayor parte de estos puntos. No digamos ya para el componente esencial del origen: con el limitado conjunto de evidencias sobre los hablantes de vascuence en la Antigüedad, la construcción de su carácter y virtudes, no digamos ya de su organización política, continuidad o independencia, no llega ni a un brindis al aire.

Interesaba apuntarlo aquí para situar también otro extremo en el abanico de las posibilidades de reivindicación de los indígenas prerromanos como antepasados y de los vascones en particular,

así como su proyección desde aquel entonces hasta el presente. No hablamos de un mundo de meras argumentaciones científicas, sino de un ejemplo casi de manual de usos del pasado para la construcción de identidades, y de un conjunto de concepciones que siguen enseñándose y sin cuya presencia no se puede entender la propia dificultad para pensar y asumir con plenitud los cambios en el terreno del conocimiento.

Se verá, con todo, que el tema central del carácter primigenio, vernáculo, autóctono del vascuence y su asociación con los habitantes de Navarra y el País Vasco que nos transmiten las fuentes de época romana no es una idea de S. Arana, sino que la recoge de lo anterior, de la misma forma que seguirá funcionando después desde muy diferentes puntos de vista. Era y es el que venía siendo asumido como natural por gentes con pertenencias no necesariamente nacionalistas o excluyentes, aparte de ser de uso común entre quienes reivindican los componentes culturales ligados al vascuence. No es necesario recordar, por cierto, las propias dificultades de quienes se niegan a aceptar una confusión tan elemental y tan falsa como la asociación tantas veces señalada de lengua y cultura con identidad política, o la exigencia de la imposición como única lengua frente a otras consideradas automáticamente como extranjeras<sup>16</sup>.

Recordemos también que la idea de la continuidad de las gentes de habla vascuence desde los orígenes de los tiempos en estas zonas era también parte del modelo historiográfico español y, por tanto, un componente asumido sin mayores complicaciones como lógico y natural. Pero, curiosamente, cuando, siguiendo la tónica europea, se ha visto desaparecer en España, como en la mayor parte de los países europeos que participaban del mismo modelo, la idea del nacimiento de las naciones en la Antigüedad y su identificación con un grupo específico de indígenas transmitido por las fuentes clásicas, el caso de los vascones y otros grupos reivindicados como antepasados muestra la perduración de uno de los últimos esencialismos basados en la autoctonía de Europa.

Por otra parte, y dejando a un lado la crispada realidad política de ambas zonas, los estudios sobre la evolución y consolidación de la ideología del nacionalismo vasco en los últimos decenios<sup>17</sup> ofrecen buenos argumentos para suponer que su hegemonía y poder institucional puede haber tenido mucho que ver con el contraste ente los descubrimientos en el campo del saber y las creencias asumidas y difundidas.

El hecho evidente, en todo caso, es que también aquí, como en el conjunto de los estudios sobre la Antigüedad y más en concreto en los dedicados a los colectivos de las zonas provinciales fuera y dentro de la Península, se ha ido produciendo un desmonte de los modelos de argumentación tradicionales y una aplicación menos sesgada de instrumentos de análisis. Y que con ello se han apuntado en los últimos años argumentos sólidos para poner en duda, entre otros, la ecuación que unía a los vascones de la actual Navarra con los habitantes del actual País Vasco, la asociación necesaria de los vascones (o várdulos...) y vascuence, la propia imagen de los vascones como un colectivo monolítico, además de su consideración como antepasados de los actuales vasco parlantes.

---

<sup>16</sup> Ver las interesantes reflexiones y análisis de X. ZABALZA, *Mater Vasconia. Lenguas, fueros y discursos nacionales en los países vascos*, San Sebastián 2005 y *Una historia de las lenguas y los nacionalismos*, Barcelona 2006.

<sup>17</sup> Ver, aparte de lo ya señalado antes, los diversos trabajos de J. Juaristi, de J. JUARISTI, *El Linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Madrid 1987 en adelante; J. L. DE LA GRANJA, *El nacionalismo vasco: un siglo de historia*, Madrid 1995; J. L. CORCUERA, *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco 1876-1904*, Madrid 1979; A. ELORZA, *Ideologías del nacionalismo vasco, 1876-1937 (de los "euskaros" a Jagi Jagi)*, San Sebastián 1978; *La religión política. El nacionalismo sabiniano y otros ensayos sobre nacionalismo e integrismo*, San Sebastián 1995; y también J. L. NIEVA, *La idea euskara de Navarra (1864-1902)*, Pamplona 1999.



En lo que sigue intentaremos sintetizar las investigaciones realizadas en esta dirección y apuntar algún elemento más respecto al tema central que nos ocupa, y que se refiere, como en los restantes casos de esta perspectiva en declive, a una proyección al pasado de las realidades lingüísticas o de las fronteras políticas reales o imaginarias del presente. En síntesis, hay un falso discurso, un falso relato, que articula una imagen de los vascones como antepasados, asociándolos a otros grupos de la zona cercana del actual País Vasco y construyendo, *a fortiori*, una imagen esencialista de autoctonía y continuidad hasta el presente que se basa en una casi prototípica utilización abusiva de argumentos históricos y lingüísticos periclitados. Lo que sigue girará alrededor de cuatro puntos principales:

a) No hay base en las fuentes literarias o arqueológicas para suponer que lo que las fuentes identifican como “vascones” fueran un núcleo cohesionado en las perspectivas tradicionales, con rasgos culturales precisos, una unidad política de acción o una organización común. En este mismo sentido, la idea de una “expansión vascona” nace de una interpretación errónea de las fuentes literarias y, quizás, de los mecanismos administrativos romanos y de su uso, paralelo al de éstas, de viejos etnónimos para definir territorios.

b) Está suficientemente probado que los grupos indígenas que ocupaban el actual País Vasco no eran hablantes del vascuence, sino de lenguas indoeuropeas. Los datos antroponímicos prueban la complejidad de la situación lingüística en el ámbito que denominamos como vascón y en el que en época romana encontramos como mínimo cuatro lenguas. Los datos toponímicos refuerzan esta perspectiva de manera radical. Sólo dos se dejan situar con seguridad como protovascuences, uno entre los vascones, *Pompaelo* y otro en la costa cantábrica, en territorio que las fuentes definen como várdulo, *Oiasso*. Todo esto y otros datos quitan verosimilitud a la creencia en la autoctonía y presentan el problema de averiguar en qué momento, muy tardío, se introducen sus hablantes en la zona vascona.

c) La fundación de *Pompaelo*-Pamplona entre los vascones por Pompeyo en los años setenta del siglo I a. C. da una buena fecha y oportunidad histórica para la introducción de gentes de habla vascuence. Esta argumentación permite explicar otra anomalía, la inclusión en las fuentes literarias como “vascona” de la ciudad costera de *Oiasso* (Oyarzun-Irún), un componente que ha sorprendido siempre por su carácter externo al núcleo vascón propiamente dicho y por el componente várdulo de la zona, atestiguado en las fuentes literarias. *Oiasso* sería (la?) otra fundación pompeyana en el contexto de la guerra contra Sertorio para asegurarse sus provisiones por vía marítima o, más probablemente, desde Aquitania, y/o parte de sus fundaciones y asentamiento de las rutas pirenaicas después. Incluiría un nombre vascuence igual que en el final de *Pompaelo*. Así como, según señalamos, los datos toponímicos y antroponímicos apuntan a la inexistencia previa de gentes de habla vascuence en la Península, los análisis realizados hasta ahora en el campo antroponímico apuntan a su presencia nuclear en la Galia, en determinadas zonas de Aquitania. La constatación de al menos una fundación de ciudad en mitad de este territorio por parte de Pompeyo con gentes procedentes de la Península ofrece una explicación económica para el lugar de donde se traería a estos nuevos habitantes. Esta hipótesis explicaría la presencia de los antropónimos y teónimos vascuences que tenemos constatados en época altoimperial romana.

d) Ni su número aquí –en absoluto mayoritario–, ni su ausencia de las zonas del futuro País Vasco, ni los fuertes procesos de romanización de la zona permiten explicar la extensión de la lengua que se puede constatar en época medieval; nada nos habla siquiera de su pervivencia en el propio territorio vascón que, como los espacios de alrededor, experimenta grandes procesos

de cambio en dirección a los modelos romanos. No cabe, por tanto, ubicar en época romana el proceso por el que se produce la expansión de la lengua –y quizás de las gentes que la portan–. La vieja idea de su llegada en el período posterior a la disolución del imperio cuadra muy bien con ello. También a la Antigüedad Tardía habría que remitir otro hecho fundamental: el proceso por el cual habitantes de zonas pirenaicas hispanas y aquitanas –no necesariamente fruto de viejas etnias sin romanizar sino de los procesos de tensión social, política y militar de este período– pasan a recibir el nombre de vascones, desplazándose así éste a zonas y colectivos que no tenían que ver con su denominación original; es el momento en el que el vascuence, probablemente en su variante aquitana, se asocia también a ese mismo nombre. Su expansión posterior desde los territorios fronterizos en dirección a la actual depresión vasca se hace sobre un mundo que había sido muy romanizado y que había experimentado los enormes cambios de la época, que incluyen invasiones bárbaras, el papel del reino franco y la afirmación del poder visigodo y, dependiendo de la fecha que se considere, la propia conquista musulmana. Las discontinuidades priman en todas direcciones.

## 2. 1. Vascones: ¿unidad, identidad?

Uno de los componentes que generaban más dificultades para construir una historia de las comunidades ubicadas en el territorio señalado de los actuales Navarra y País Vasco en las perspectivas tradicionales es común a todas las sociedades provinciales romanas: la falta de fuentes. En nuestro caso se agravaba ante el contraste entre la exigencia de un tratamiento común y de continuidad, en las claves del discurso unificador que exigían el conjunto de construcciones que hemos ido viendo y el carácter particularmente escaso de unas fuentes que, además, ni ofrecían esos elementos de cohesión ni ningún factor específico de continuidad en el tiempo.

Dejaremos de lado cosas obvias: nadie ha sido capaz en mucho tiempo de sostener que Roma no conquistara la zona, ni se puede permitir el abuso de considerar a los vascones de Navarra y a los pueblos del actual País Vasco (várdulos, autrigones, caristios) como parte de una entidad política común. En el apartado siguiente hablaremos de la demolición de sus conexiones en el campo lingüístico.

Pero no sólo se trata de que se hable de grupos distintos es que ni siquiera en el propio ámbito de los vascones se constata una cultura arqueológica común y diferenciada, ningún tipo de institución o de vínculo, ni unidad de acción, por ejemplo; de hecho, las escasas y debatibles conexiones que podemos constatar apuntan en dirección al Ebro.

Pero el problema es más grave porque todo esto se puede aplicar al ámbito mismo que incluimos bajo la denominación de “vascones”. Como ha señalado hace tiempo J. J. Sayas<sup>18</sup> los datos arqueológicos sobre el período previo a los romanos muestran la presencia de los mismos grupos de procedencia centroeuropea de toda la zona. Las diferencias de lo que conocemos, ahora y más adelante, en sus espacios pirenaicos remite a un uso distinto del territorio forzado por la orografía, no necesariamente a continuidades o a una realidad homogénea y distinta ahora o después.

---

<sup>18</sup> Para esto y para la crítica a la lectura tradicional de la identidad vasca es pionero el trabajo de este autor, cuya presencia en el presente estudio ha de entenderse más allá de las citas concretas; ver J. J. SAYAS, El poblamiento romano en el área de los vascones, *Veleia* 1, 1984, 289-310; De historiae Vasconiae rebus controuersis, en: *Actas del I Congreso General de Historia de Navarra. I. Ponencias*, Pamplona 1987, 89-124 y, en particular, Cuestiones relacionadas con la etnia histórica de los vascones, en: J. F. RODRÍGUEZ NEILA y F. J. NAVARRO (eds.), *Los pueblos prerromanos del Norte de Hispania: una transición cultural como debate histórico*, Pamplona 1998, 89-139.

Ni siquiera el mito de su carácter “montañés” en Estrabón sirve para mucho: este autor realiza una generalización que se ha definido como abusiva; pero, además, el texto ha sido interpretado por el mismo J. J. Sayas haciendo ver que Estrabón utiliza a los vascones y el Pirineo como un límite excluyente<sup>19</sup>. Y en lo que hay después priman los procesos y componentes de cultura material similares a los de las zonas cercanas, incluyendo, por supuesto, los cambios que implica Roma<sup>20</sup>.

Claro que se podrían aplicar los principios que hemos venido señalando: la inexistencia de una cultura material específica no implica la falta de una identidad colectiva. El problema es que hay que probar lo que existe, no lo que no existe. Se podría argumentar un cierto componente de unidad a partir de constatar vínculos o unidad de acción política o militar. Pero la dificultad aquí empieza porque, como es bien sabido, no es sólo que no tengamos fuentes sobre esto, es que no tenemos ni un solo dato, ni una sola mención en los momentos de conquista del Valle del Ebro en el siglo II a. C., en los que evidentemente aparecen otros grupos de la zona, o en las luchas posteriores en este siglo de, por ejemplo, los celtíberos, que tan cerca se sitúan del territorio que se les suele asignar, si es que no forma parte de los escenarios de guerra.

Así que hay que esperar al siglo I a. C. y a las guerras civiles romanas. De nuevo el problema es que tampoco aparecen como grupo en las luchas entre Sertorio y Pompeyo ni en las que enfrentan a César y Pompeyo. El problema se agrava otra vez porque las únicas informaciones literarias que tenemos aquí no nos hablan de participaciones bélicas exactamente, con la excepción, que no lo es, de *Calagurris-Calahorra*; pero hacia el Norte y Oeste no tenemos otra información que la que se refiere a que Pompeyo pone un campamento entre los vascones<sup>21</sup> un momento que tiende a asociarse a la fundación de la misma Pamplona; dos proyectiles con el nombre de Sertorio hallados en las cercanías de Pamplona, en Aranguren<sup>22</sup> apuntan a algo que podríamos no haber podido asegurar de otra manera: la existencia de combates allí.

Es curioso este silencio, como lo es el componente tan, diríamos, pasivo, de las referencias. Recordemos que en el extenso fragmento del libro 91 de Livio<sup>23</sup>, que habla de las actuaciones de Sertorio, cita *Contrebia* varias veces, pero también *Contrebienses*, *Castra Aelia* (donde inverna), *Ilercaones*, *Berones*, *Autricones*, *Celtiberiae urbes*, *Arevaci*, *Contestania*, *Lusitania*, *finis Bursanum*, *Cascantinorum* y *Gracchuritanorum*, *Calagurris Nasica*, *Cerindones*, *Contrebia Leucade*, *Vaccaeii*, *Segovia*, *Vaccaeorum gens*, *Beronum confinium* y *Vareia*; en medio de esto lo que tenemos es una única mera referencia geográfica: a cómo va de *Contrebia Leucade* contra los berones y *Vareia* pasando por el *Vasconum ager*<sup>24</sup>.

---

<sup>19</sup> Ver STR. 3. 3. 7: “hasta los vascones y los Pirineos”; y 3. 4. 10 (Iberia/Céltica), 3. 4. 20 (otro “hasta los Pirineos”); 4. 5. 1; J. J. SAYAS, Unidad en la diversidad: la visión de Estrabón de algunos pueblos peninsulares, en: G. CRUZ (ed.), *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*, Málaga 1999, 153-208, esp. 158ss.

<sup>20</sup> Ver los artículos citados de J. J. Sayas en notas 18 y 19. En una terminología más técnica, y tal como señala Á. A. JORDÁN, La expansión vasconica en época republicana: reflexiones en torno a los límites geográficos de los vascones, en: J. ANDREU (ed.), *Navarra en la Antigüedad. Propuesta de actualización*, Pamplona 2006, 86: es imposible identificar una *facies* cultural propia de vascones.

<sup>21</sup> SALL. *Hist.* 2. 93: *Romanus [ex]ercitus frumenti gra[tia] remotus in Vasco[nes est it]emque Sertorius...[Pom]peius aliquot dies [cas]tra stativa habuit...*

<sup>22</sup> J. VELAZA, Crónica de epigrafía antigua de Navarra (II), en: J. ANDREU (ed.), *Navarra en...*, 56.

<sup>23</sup> LIV. *Per.* 91

<sup>24</sup> La referencia parece apuntar, según es uso en Livio y en estos contextos, a la entrada en un territorio perteneciente a otra comunidad; la presencia de asentamientos de indígenas planificados por Roma en este territorio –como *Gracchuris*– permitiría, sin embargo, especular con que se trate del nombre de un espacio de propiedad pública romana con ese nombre del tipo del *ager Campanus* en LIV. 7. 30. 19.

Es desde esta escasez de informaciones sobre su participación bélica –y no digamos ya sobre su participación bélica comunitaria– que, insisto, contrasta mucho con otras zonas cercanas, y desde la falta general de señales de ninguna conciencia unitaria<sup>25</sup>, de etnicidad, es de donde se entiende mejor, aunque no se comparta, el uso *a fortiori* de los aspectos referidos a la delimitación del territorio vascón, y del problema cercano a éste de la adscripción de ciudades a los vascones, para darle algún tipo de sentido unitario a un discurso histórico que exige el guión previamente marcado.

En este sentido, la aparición como vascona de *Calagurris Nasica*, actual Calahorra, en Estrabón a comienzos de nuestra Era y de toda una serie de ciudades de las zonas colindantes en Ptolomeo en la primera mitad del siglo II ha llevado a la formulación de la idea de una expansión vascona que ha pretendido llenar este vacío. El caso de la adscripción como vascona de *Oiasso* (Oyarzun/Irún) en plena zona várdula se interpretaría en la misma dirección.

Se ha sostenido, con diversas variantes, que los silencios señalados de las fuentes en la fase de conquista serían ejemplos de un componente prorromano previo, mientras que el supuesto componente propompeyano de los vascones incidiría otra vez aquí, lo que habría llevado a recompensarles con una expansión, con la entrega de nuevos territorios que, de una manera u otra, colonizarían.

Es interesante en sí mismo un argumento que mantiene la identidad y la continuidad al precio de convertir viejos resistentes en actuales colaboracionistas. Pero, sea como sea, estos argumentos cuadran mal, aparte de con nuestro desconocimiento de qué hacen los vascones en este momento, con elementos tan obvios como que en el fragmento de Livio señalado *Calagurris* esté más allá del territorio vascón, aparte de su vinculación evidente al mundo celtibérico. El caso de *Oiasso* es específico y requiere un tratamiento que tenga en cuenta todo el conjunto de especificidades que la definen y que veremos después. Sin descartar la posibilidad de una explicación administrativa más simple de lo que se supone<sup>26</sup>.

El hecho de que en el mismo Plinio los habitantes de *Andelo* y *Pompaelo* aparezcan como estipendiarios, es decir, en las peores condiciones posibles desde el punto de vista de su relación con Roma<sup>27</sup>, e incluso la diferencia de este estatus con los de otras comunidades que se suelen considerar “vasconas”, parece entrar en contradicción con ese supuesto beneficio para los vascones como colectivo. Suponer, en todo caso, que después de obtenerlo habrían visto reducida su condición tras la victoria de César sobre Pompeyo no es imposible pero no ayuda precisamente a hacer verosímil tal entrega –y poco menos que colonización– en una veintena de años, aparte de plantear el problema de que, puestos a quitar privilegios, podrían haberse quitado todos. Pero ya por sí mismo es mucho más que arriesgado el mero hecho de suponer<sup>28</sup>, a partir de tan solo esta información, una

---

<sup>25</sup> Ver Á. A. JORDÁN, *La expansión...*, 85 sobre esta falta de índices de conciencia unitaria y 101 para una demostración de que con los datos –o mejor, no datos– en la mano, se puede suponer a los vascones prosertorianos, como *Calagurris*, y la fundación de *Pompaelo* como un castigo; ver una crítica a la idea del carácter filopompeyano de los vascones en la contribución de F. Pina a este mismo volumen (pp. 195-214), con las dudas, que comparte con Á. A. Jordán, sobre la expansión vascona que se ha venido considerando, como veremos, una recompensa por ello.

<sup>26</sup> Á. A. JORDÁN, *La expansión...*, 108-109 plantea que esta lectura en Ptolomeo apunta a la posibilidad de una adscripción al *conventus* cesaraugustano en el que se inscribe la zona y que sería leída en estos términos; la exigencia de salida al mar de los *conventus* de la *Citerior* es bien conocida: ver P. OZCÁRIZ, *Los conventus de la Hispania Citerior*, Madrid 2006.

<sup>27</sup> PLIN. *Nat.* 3. 3. 24.

<sup>28</sup> Para esto y para lo que sigue ténganse en cuenta las reflexiones antes citadas de J. J. Sayas (notas 18 y 19); para dos trabajos recientes sobre el tema, ver la interpretación de las fuentes en E. CANTÓN, *Sobre la expansión vascona en las fuentes literarias*, *Veleia* 22, 2005, 129-43 y el análisis con respuesta negativa a la expansión pero con un intento de formular un territorio en Á. A. JORDÁN, *La expansión...*; y en las pp. 195-214 de este mismo volumen, en la contribución de F. Pina.

actuación “colonizadora” conjunta, la potencialidad demográfica y política para hacerlo –lo que incluye esa unidad de acción que no tenemos contatada tampoco– o el mantenimiento de la supuesta “identidad” y fronteras vasconas ahora y en unos siglos posteriores marcados por el cambio cultural y económico que implica el imperio romano.

Pero antes de entrar en el análisis de los argumentos sobre la expansión, merece la pena apuntar el carácter fuertemente especulativo del propio intento de precisar no ya la identidad (ya hemos visto que no hay ningún dato para ello), sino “las fronteras” vasconas del período previo en adelante; recordemos una vez más el problema de la información escrita, que abarca la dificultad de definir incluso las ciudades o comunidades de importancia del territorio, a lo que tenemos que añadir que esta carencia afecta también a las dimensiones y ámbitos de las estructuras urbanas no ya anteriores a Roma, sino del propio siglo I a. C., de las que las fuentes no nos informan tampoco al no haber constancia de guerras, como hemos visto. De nuevo una situación bastante distinta a la que tenemos de las zonas celtíberas, por ejemplo.

Conviene insistir en que la suposición de un componente unitario en el siglo II a. C. con los vascones como un grupo definido no tiene otra base que la interpretación de los territorios en las claves tradicionales de la homogeneidad y las no menos tradicionales y arriesgadas suposiciones sobre la continuidad de los vascón-vascuence-vasco. Y ya en el I a. C., la información de Livio que hemos visto sobre el territorio vascón alude a un espacio junto al Ebro que él denomina así; la otra información clave, la fundación de *Pompaelo*-Pamplona nos da otro dato importante, pero no nos dice mucho más: puede haber zonas que se definan como tales en ambos lugares sin que eso implique ni un territorio compacto en medio ni en ninguna otra dirección. Incluso la posibilidad de entender como vascona entonces la zona de *Oiasso*<sup>29</sup>, no sólo suscita el problema del momento en el que se hace y qué significa, sino el mucho más evidente de que la existencia de un *Vasconum saltus* no implica necesariamente continuidad territorial, y menos cuando la adscripción de ese territorio a los várdulos no parece poderse dudar.

En medio de toda esta indefinición, parece razonable entender el término “vascones”, tal como sostiene J. J. Sayas, como un nombre usado por los romanos para referirse a un territorio, sin mayores implicaciones, quizás desde tiempo atrás; recordemos que hay más de un siglo de presencia romana allí para la época de Sertorio. El uso de un etnónimo para ello no es, como veremos, lo excepcional sino lo normal<sup>30</sup>. La asociación Pompeyo-Pamplona-vascones va a ser esencial para que se les recuerde en Roma y se use el término de manera sistemática, tal como la derrota de los *Callaeci* por Decimo Iunio Bruto, en adelante Callaico, medio siglo antes, asegurará la pervivencia de este nombre. Y es posible que esta asociación implique también otra con el Pirineo Occidental, la llegada al Cantábrico y la frontera con la Galia.

Es útil tener esto en consideración para entender mejor la prudencia con la que hay que manejar la información sobre los “pueblos” y sus límites en el territorio; si no cabe definir como tal,

---

<sup>29</sup> Ver PLIN. *Nat.* 3. 4. 110 a *Pyrinaeo per oceanum Vasconum saltus Olarso Vardulorum oppida Morogi*; la posibilidad de STR. 3. 4. 10 y el mucho más debatible PTOL. 2. 6. 10; ver más adelante.

<sup>30</sup> La vieja asociación del nombre de probable raíz indoeuropea de los *Barskunez/Baskunes*, uno de los grupos emisores de monedas de las llamadas “vasconas” (ver F. VILLAR, Indoeuropeos y euskaldunes en el País Vasco y Navarra. Genes, lenguas y topónimos, en: F. VILLAR y B. M. PRÓSPER, *Vascos, celtas e indoeuropeos. Genes y lenguas*, Salamanca 2005, 446-447 que supone un topónimo Brasco, Barsko), podría verse apoyada, incluso en su evolución lingüística, aceptándola como una elección romana a la manera de la que también de forma parecida se realiza para los *Callaeci*. Por supuesto, las monedas se emiten en época romana y tras el impacto de Roma (J. J. SAYAS, *Cuestiones relacionadas...*, 108) y son tratadas en este volumen en dos contribuciones monográficas al respecto (pp. 71-98 por parte de C. Blázquez y pp. 99-126, por parte de F. Beltrán Lloris y J. Velaza).

con una identidad y con unas fronteras, a ese grupo “vascón”, queda todavía más al descubierto la fragilidad de hablar de su “expansión” posterior.

Otro de los problemas que presenta esta hipótesis es que recurre al expediente de una lectura en sus propios términos de las fuentes, incurriendo en el error que hemos señalado antes de no entenderlas en sus propios términos, en las perspectivas de sus autores, género literario y época. Y de suponer realidades estáticas, empezando por las étnicas.

Pero las propias fuentes en las que leen fronteras y expansiones son mucho más conscientes del cambio, y hasta de sus gustos y de lo no exhaustivo de sus datos, que estos intérpretes. Una de nuestras dos o tres fuentes importantes, Plinio, se preocupa antes de hablar de la *Hispania Citerior* de hacernos ver cómo habían cambiado las cosas allí, igual que en otras provincias, y alude precisamente a cómo un siglo antes Pompeyo en su monumento en los Pirineos testificaba que había sometido ochocientos setenta y seis ciudades entre los Alpes y la frontera de la *Hispania Ulterior*<sup>31</sup>, tras lo que se apresura a contarnos la división actual de la provincia en siete *conventus*. El tiempo obviamente afecta por su cuenta produciendo todo tipo de cambios en los grupos previos, aquí como en todos los lugares del imperio e incluso, como hemos apuntado antes, puede generar nuevos con la ayuda o no de Roma y de sus exigencias administrativas.

Pero no es sólo que cambien las cosas en el tiempo, es que la pregunta esencial es lo que él, o Estrabón, pretenden con su obra, aplicando el principio de que no es rentable proyectar nuestras propias necesidades o visiones en lo que las fuentes antiguas nos cuentan, y menos las tradicionales obsesiones territorializadoras. Cuando nos relata que después de ilergetes, laetanos e indigetes, y ya siguiendo los Pirineos, se encuentran *Ausetani, Iacetani/Lacetani* *perque Pyrenaeum Cerretani, dein Vascones*<sup>32</sup> podemos entenderlo como una delimitación precisa y exhaustiva, lo mismo que podemos entender que cada uno de esos nombres refiere a una unidad precisa y determinada.

Pero esto no es necesariamente así. El texto de Estrabón que hemos comentado, que utilizaba a los vascones y el Pirineo<sup>33</sup> como límite excluyente de sus (demasiado) prototípicos montañeses, cita entre éstos a los galaicos, astures y cántabros para, a continuación, señalar que se niega a enumerar muchos nombres de pueblos, a menos, dice, que alguien encuentre algún placer en escribir pleutaros, bardietas, allotrigas y otros nombres todavía más desagradables o ininteligibles. Está hablando, claro está, de una consideración estética y del aburrimiento suyo y del lector ante una innecesaria profusión cacofónica de denominaciones de pueblos bárbaros. Pero lo que nos interesa es señalar que su selección es obvia: de hecho será sólo tratando otro espacio algo abusivo en su definición pero de larga tradición historiográfica, la Celtiberia, cuando vuelva a aludir<sup>34</sup> a pueblos de la zona y señale cómo los berones, con su capital *Vareia*, son vecinos de los cántabros coniscos, y que su territorio es contiguo al de los bardetanos, ahora llamados bárdulos, que muy bien pueden ser los bardietas de antes. Pero no hay necesidad ni interés por ser más preciso aquí, como no lo era en absoluto en su referencia previa siguiendo la línea de la costa, cuando los vascones le vienen bien, sin ninguna necesidad de mayores complicaciones, y despacha a los demás con una observación despreciativa. Parece claro que “vascón” es pronunciable y que presenta una asociación fácil, de nuevo muy geográfica, con el Pirineo y el mar.

---

<sup>31</sup> PLIN. *Nat.* 3. 3. 18.

<sup>32</sup> PLIN. *Nat.* 3. 3. 22.

<sup>33</sup> STR. 3. 3. 7.

<sup>34</sup> STR. 3. 4. 12.

Conviene señalar que el que Plinio sea más preciso aquí<sup>35</sup> y en otros lugares no implica que no haga selecciones de información. También él afirma explícitamente, por ejemplo, que sólo nombrará en la Bética los *oppida* más dignos de mención o mejor pronunciables en latín<sup>36</sup>, como lo hace en otros lugares, incluyendo esta misma zona donde de los catorce pueblos vándulos sólo se digna nombrar uno; poco después de la cita de los vascones cuenta que sólo citará los más conocidos de los cuarenta y dos *populi* del *conventus* de *Tarraco* y, efectivamente cita menos de un tercio<sup>37</sup>.

Pero, sigamos a Estrabón<sup>38</sup> cuando cambia de dirección y describe Hispania desde el Estrecho hasta la Galia por el Mediterráneo. Nos habla al final de esto de la zona entre la cordillera de Idubeda y los Pirineos. Señala las ciudades más importantes, *Caesar Augusta* y *Celsa* en el Ebro e indica que hay muchos pueblos allí, pero que los más conocidos son los yacetanos, toda una declaración de principios sobre por qué los nombra y de lo que deja, para nuestra desgracia, atrás. Es curioso que se le haya reprochado aquí como un error la desaparición de pueblos que no tiene ningún interés en citar. La inclusión de los ilergetes a continuación sigue explicando por qué unos sí y otros no, esto es, los elementos de interés para el lector, que son parte otra vez de las exigencias del género: la ciudad de *Osca* remite a Sertorio e *Ilerda* a César.

En este contexto hay tres alusiones a los vascones nada casuales, una que nos interesa mucho, a *Calagurris*, que incluye entre las ciudades escenario de la lucha de Sertorio y a la que define como ciudad de los vascones o la ciudad de *Calagurris* de los vascones. La otra es a la vía de Tarragona a la frontera de Aquitania e Hispania, que pasaría por los vascones de Pamplona y (los vascones de?) *Oiasso*. Es el momento para volver a recordar que en el territorio de los ilergetes se combatieron las guerras de Pompeyo contra Sertorio y de su hijo contra los generales de César<sup>39</sup> y para acabar señalando que después de la Yacetania están los vascones, donde se sitúa *Pompaelo*, es decir, Pompeyópolis. A continuación<sup>40</sup> cuenta que ya en el Pirineo y a ambos lados de su valles centrales se ubican los industriosos cerretanos, de origen hispano, famosos por sus jamones.

Nótese que en Estrabón han desaparecido pueblos como los ausetanos o los indigetes de Plinio, o los lacetanos, además de que, contra todo lo que sabemos, ubica *Osca* entre los ilergetes<sup>41</sup>, es decir que, en definitiva, ha hecho la selección que él mismo anuncia, como seguramente ha hecho también Plinio; pero, llevándola un poco más allá, ha llenado vacíos de adscripción y, además, muy probablemente, se ha equivocado. Para él el problema son los lugares que cita en el mapa y mucho menos en qué unidades menores se incluyen.

Sea como fuere, ninguna de estas informaciones nos sirve para dibujar un mapa preciso, porque ni se dan límites, ni nada nos asegura que no existan otros grupos en medio, ni, por otra parte,

---

<sup>35</sup> Ver PLIN. *Nat.* 3. 4. 100, citado y 3. 3. 26.

<sup>36</sup> PLIN. *Nat.* 3. 3. 7; ver también 3. 3. 28 para dos ejemplos del Noroeste hispano; ver el interesante caso de los ilirios, con la distinción entre el nombre global actual y el propiamente dicho en 3. 3. 139.

<sup>37</sup> PLIN. *Nat.* 3. 3. 23.

<sup>38</sup> STR. 3. 4. 10.

<sup>39</sup> La importancia de las referencias a las campañas militares de las guerras civiles, y de las cesarianas en particular, para conectar con los intereses de su público, no es clave sólo para este territorio; ver, por ejemplo, para la Bética: G. CRUZ ANDREOTTI, Acerca de Estrabón y de la Turdetania-Bética, en: G. CRUZ ANDREOTTI, P. LE ROUX y P. MORET (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica II*, Málaga-Madrid 2007, 261, un texto importante para ver la aplicación de los criterios de Estrabón que vamos viendo aquí a un espacio muy diferente.

<sup>40</sup> STR. 3. 4. 11

<sup>41</sup> Ver J. M. GÓMEZ FRAILE, Reflexiones críticas en torno al antiguo ordenamiento étnico de la Península Ibérica, *Polis* 13, 2001, 74-75; ver más adelante las problemáticas que suscita Ptolomeo sobre algunos de estos pueblos.

nada nos asegura que bajo ese nombre se ubiquen poblaciones uniformes. Tampoco nada nos dice que se presente y preserve ahí una previa realidad incontaminada. Los dos autores saben de los cambios de la historia y de los nombres con ella; ya hemos visto a Plinio. Igual de concretamente, Estrabón<sup>42</sup>, por ejemplo, cuenta que junto al Ródano hay tres pueblos, pero prevalece el nombre de uno y la gente llama así a todos ellos, que, además, nótese bien, ya no serían bárbaros sino prácticamente romanos. Un nombre, por tanto, abarca un territorio más amplio que antes absorbiendo a otros y, además, ya no significa lo que significaba porque sus habitantes han dejado de ser lo que eran. Lo interesante para nosotros es también que ese nombre se convertirá en el denominador del territorio y se heredará en el futuro, y que quizás sufra a su vez otros procesos de ampliación o de desaparición.

Conviene, llegados a este punto, recordar que el que el nombre de un pueblo sea la manera de referirse a un territorio no hace sino seguir los usos romanos en general y los administrativos en concreto; Plinio y Estrabón usan, como es bien sabido y como vamos viendo, los étnicos para definir territorios, incluso siendo conscientes de la inexactitud de llamar con un étnico globalizador (por poner un ejemplo, “lusitanos” o “aquitanos”) a gentes que pertenecen a un ámbito de origen administrativo y que pueden optar por distinguir de sus viejos portadores. Desde aquí se entienden los problemas en la lectura tradicional: se encuentra una referencia de este tipo (Lusitanos o Béticos/turdetanos, por ejemplo, que en realidad habla de una provincia romana) y en vez de leerse como una referencia, en principio, territorial, y en la que habría que probar si realmente quedan o no elementos procedentes, se retrotrae automáticamente al pueblo prerromano que le habría dado el nombre. Los errores de un análisis así son evidentes y, además, se agravan cuando se acumulan siguiendo este criterio referencias de autores sucesivos que pueden, a su vez, seguir criterios distintos.

Una vez asentado todo esto, se entiende aún mejor la fragilidad de las delimitaciones fronterizas que se han ido suponiendo –y con inquietante precisión– para los vascones a partir de estos datos que no son sólo escuetos y alejados en el tiempo, sino que se refieren a cosas bien distintas que las que pretenden sus intérpretes, fragilidad que se une a la de los restantes componentes más que dudosos que hemos ido viendo y con los que se construye el discurso de su identidad y continuidad.

Es el momento de volver al tema de la *Calagurris* vascona de Estrabón, el primer paso para abordar el tema de la expansión vascona. Ya hemos visto que el texto de Livio impide considerarla como tal, aparte de otros datos sobre su pertenencia original al mundo celtibérico. Otro elemento lo hace aún más difícil, si no imposible, al menos en esos términos tradicionales de inclusión en la “etnia” vascona: según Plinio es una ciudad romana<sup>43</sup>. La formulación *vascón* = habla vascuence no es tampoco aplicable a un mundo que es antes celtibérico y después romano. Cabría pensar en un error de Estrabón. Una observación suya que ubica *Caesar Augusta*, una ciudad de cultura previa ibera innegable, en proximidad a los celtíberos<sup>44</sup> apunta a una posibilidad que podemos plantear también para *Calagurris*: se podría tratar de un componente meramente indicativo, un referente espacial más que en este caso, quizás también serviría para distinguirla de la ciudad de los *Calagurritani Fibularensis*<sup>45</sup>.

Sin embargo, hay una tercera opción a la que nos referiremos después con más detenimiento: el uso de un étnico para un territorio posibilita su aplicación en claves meramente administrativas sin mayores implicaciones: podría postularse que a determinados efectos *Calagurris* se incluye en

---

<sup>42</sup> STR. 4. 1. 12.

<sup>43</sup> PLIN. *Nat.* 3. 3. 24.

<sup>44</sup> STR. 3. 2. 15.

<sup>45</sup> Ver la presencia de ambos en PLIN. *Nat.* 3. 3. 24.



un ámbito administrativo llamado “vascones”, aunque, de nuevo, su condición de ciudad romana obligaría a resituarse su posición en el conjunto<sup>46</sup>.

Pero la creencia en la expansión vascona y en las delimitadas fronteras de un territorio que seguiría manteniéndose como tal y cargado de los rasgos identitarios correspondientes tiene su apoyo en otro autor aún más frágil, Ptolomeo<sup>47</sup>, que incluye como vasconas toda una serie de ciudades que anteriormente habían sido adscritas a otros grupos y de antiguas tradiciones culturales ibéricas y celtíberas.

De nuevo el problema es cómo concebir su obra, un problema que afecta en realidad al conjunto de estudios sobre las sociedades hispanas prerromanas, al ser el único que incluye cada una de las poblaciones que nombra en un ámbito “étnico” preciso. Una primera, y obviamente esencial, cuestión es la de la fiabilidad de lo que nos cuenta.

Podríamos definir su trabajo como la producción de meras listas de puntos reseñables con sus correspondientes coordenadas que se agrupan por territorios y por étnicos; los catálogos no son simples enumeraciones, sino que incluyen esas localizaciones en la perspectiva de un mapa. Dentro de esto, los étnicos se sitúan uno detrás de otro, conteniendo las poblaciones con sus coordenadas, pero sin que se puedan definir con precisión, sino a partir de esos lugares en teoría bien localizados que se les adscriben<sup>48</sup>. Se ha puesto de relieve<sup>49</sup> que su trabajo implica un altísimo grado de elaboración propia de la información que recibe. Para ello usa un listado de ciudades, organiza con fuentes muy diversas referencias a provincias, *conventus* o étnicos y articula todo ese conjunto, en absoluto completo ni fiable en su totalidad, según un instrumental cartográfico, tampoco siempre fiable –aparte de con dificultades intrínsecas a la hora, por ejemplo, de definir los meridianos– y según sus criterios propios. La definición de esos étnicos es esencial para él para incluir sus referencias a poblaciones específicas, pero no es, obviamente, el eje central de las ubicaciones. El resultado es complejo, sin duda, pero es claro que parece inventar denominaciones étnicas (castellanos, lobetanos...) y comunidades, desubica otras denominaciones étnicas respecto a fuentes previas, cambia comunidades entre éstas, simplifica o complica las situaciones conocidas de los territorios...<sup>50</sup>. En este contexto, explicar, entonces, la adscripción de comunidades a los vascones como abusiva es perfectamente legítimo si está en contradicción con las restantes informaciones que tenemos.

---

<sup>46</sup> La importancia de Pamplona como punto en la red viaria y su asociación con Pompeyo la hacen particularmente relevante, sin duda, citable, diríamos. Pero no conozco ninguna fuente que permita asegurar su funcionamiento ahora o después como “capital de los vascones”; no podemos deducir nada de la información del periodo anterior; recordemos que las escasas citas remiten a la vía y a Pompeyo. Otras informaciones posteriores tampoco apoyan esto; por ejemplo, los tres legados *iuridici* de finales del I y comienzos del II que se relacionan con *Pompaelo* lo hacen desde *Calagurris*, véase, al respecto, P. OZCÁRIZ, El papel del territorio navarro en la administración de la provincia Hispania Citerior durante el Alto Imperio, en: J. ANDREU (ed.), *Navarra en...*, 168-169. Más adelante se constata su condición de sede episcopal, junto con *Turiasso*, con anterioridad a Pamplona, ver: E. MORENO, El periodo tardoantiguo en Navarra: propuesta de actualización, en: J. ANDREU (ed.), *Navarra en...*, 272ss.

<sup>47</sup> PTOL. 2. 6. 10-11: dando nombres de pueblos por el Cantábrico y después de los vándulos incluye entre los vascones a *Oiasso* y el promontorio *Oiasso* del Pirineo; en una sucesión por tierra vándulos-vascones-ilergetes incluye como vasconas: 2. 6. 66: *Itourissa, Pompailon, Bitouris, Andelos, Nemanturista, Kournonion, Iaka, Grakuouris, Kalagorina, Kaskonton, Ergauica, Tarraga, Muskaría, Setia, Alauona*.

<sup>48</sup> Una presentación muy práctica en Chr. JACOB, *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, Barcelona 2008, 160ss., y 167.

<sup>49</sup> J. M. GÓMEZ FRAILE, La geografía de la Hispania Citerior en C. Tolomeo: análisis de sus elementos descriptivos y aproximación a su proceso de elaboración, *Polis* 9, 1997, 183-247; y Reflexiones críticas..., 69-98.

<sup>50</sup> Aparte de J. M. Gómez Fraile citado en la nota anterior, ver el interesante ejemplo que toma Chr. JACOB, *Geografía y etnografía...*, 168: cita Ptolomeo en Germania un lugar llamado *Siatutanda*, que no es sino una mala interpretación de una referencia de Tácito a un pueblo germano que reza *ad sua tutanda*, “para proteger sus bienes”.

En nuestro caso incluso tenemos una posible explicación de sus errores que no necesita ser completa porque nadie puede explicar del todo una formulación caótica quizás nacida de alguna equivocación fundamental. Su descripción de los espacios que nos ocupan es así<sup>51</sup>: siguiendo la señalada dirección por y desde el cantábrico (autrigones, caristos), várdulos, vascones, ilergetes, continúa luego con los cerretanos; después, indicando que están más al Poniente que éstos últimos, sitúa a ausetanos, castellanos y yacetanos, para acabar con las poblaciones de tierra adentro de los indigetes y la ciudad *Rubicata* de los layetanos.

Es obvio que nadie había situado antes como vecinos inmediatos a vascones e ilergetes, así que de tomarnos en serio su texto, habría que ver por qué recompensaron los romanos no sólo a los vascones, sino a los ilergetes, que dominarían desde *Ilerda* como mínimo. La base fragilísima de la que parten los partidarios de la teoría de la expansión, la continuidad de unos vascones de los que no tenemos siquiera información de que constituyeran una entidad cohesionada a ningún nivel, suma ahora dificultades al añadirse la necesidad de argumentar lo mismo para los ilergetes. Que todo ello ha generado problemas importantes, ha sido señalado por diversos autores y toda solución es meramente hipotética<sup>52</sup>.

Ha llamado la atención la desaparición de un pueblo esencial, los lacetanos, con certeza en Ptolomeo y en Estrabón, dependiendo de la lectura del texto en Plinio. Conviene no olvidar su importancia en las fuentes históricas desde Aníbal en adelante y hasta el mismo Pompeyo<sup>53</sup>. Se ha apuntado a posibles confusiones entre yacetanos y lacetanos, a las que habría que añadir otras posibles con laetanos-layetanos, que han llevado a proponer diferentes soluciones, todas las cuales pasan por corregir los textos existentes<sup>54</sup>. La tendencia es a considerar que han sido los manuscritos los que han generado los problemas en algún momento del proceso de transmisión. Sin embargo, la tradición manuscrita de Estrabón parece clara y uniforme: nos presenta sin duda a yacetanos, pero no a lacetanos<sup>55</sup>. Cabe decir exactamente lo mismo de la de Ptolomeo<sup>56</sup>.

La posibilidad de errores y confusiones en los autores mismos es mucho más verosímil. Hay que tener en cuenta que, además de los cambios en los pueblos mismos, con las consiguientes desapariciones o surgimientos de nombres, caben diferentes denominaciones en las fuentes que usan los autores, que les pueden generar confusiones<sup>57</sup>. El caso de Estrabón, que tanto sintetiza, parece

---

<sup>51</sup> Véase la edición de V. BEJARANO, *Hispania Antigua según Pomponio Mela, Plinio el Viejo y Claudio Ptolomeo. Fontes Hispaniae Antiquae. VI*, Barcelona 1987. PTOL. 2. 6. 66-72.

<sup>52</sup> Ver en particular para el problema, sus fuentes y un intento de solución F. BELTRÁN LLORIS, Hacia un replanteamiento del mapa cultural y étnico del norte de Aragón, en: F. VILLAR y M<sup>a</sup> P. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ (eds.), *Religión, lengua y culturas prerromanas de Hispania*, Salamanca 2001, 61-81, esp. 62 sobre quienes defienden también una expansión ilergete.

<sup>53</sup> Ver, en relación con Aníbal, las apariciones en el libro 21 de Tito Livio, por ejemplo en 21. 23. 2 (ilergetes, bargusios, ausetanos, lacetanos); ver del 28, por ejemplo, 28. 34. 3; del 34, 34. 20. 2 (sedetanos, ausetanos, suessetanos, lacetanos); SALL. *Epist.* 5: habría recuperado la Galia, los Pirineos, Lacetania y los indigetes.

<sup>54</sup> Ver J. L. GARCÍA ALONSO, *La Península Ibérica en la Geografía de Claudio Ptolomeo*, Vitoria 2003, 413 y 515-516; ver también A. TOVAR, *Iberische Landeskunde 3, Tarraconensis*, Baden-Baden 1989, 48-9, s.v. *Iaccetani*, T-29; 35-37, s. v. *Lacetani*, T-12; 37, s. v. *Laietani, Lartolaietes*, T-13.

<sup>55</sup> Ver la completa y reciente traducción y edición de S. RADT, *Strabons Geographik 1*, Gotinga 2002; puede compararse, por ejemplo, con la misma falta de dudas la de F. LASSERRE, *Strabon Géographie 2*, París 1966.

<sup>56</sup> Agradezco la información al respecto que me ha comunicado amablemente J. L. García Alonso: de sus once manuscritos primarios diez tienen esta fórmula en 2. 6. 71; la única variante suprime sencillamente la iota inicial, fruto de una lectura errónea.

<sup>57</sup> Un buen ejemplo muy cercano al de los *Laeetani* de Plinio es el de la denominación del golfo de Laeana en el Mar Rojo: nos cuenta (PLIN. *Nat.* 6. 156 y 5. 65) que unos lo llaman Laeanitico, otros Aleanitico, Artemidoro Alaenitico, Juba Leanitico..., con también la variante de la ciudad que aparece, como sigue señalando Plinio, como Laeana y Aelana.

poderse justificar en un problema de este tipo: se ha señalado que su exaltación de la importancia de los yacetanos en su primera aparición cuadraría bien con los lacetanos, por ejemplo. Pero, quizás sea más cierto que en realidad cuadra bien con su mezcla de ambos<sup>58</sup> y que su error puede no ser tanto que dé a los yacetanos la importancia que habrían de tener los lacetanos, como que da a los yacetanos la importancia de ambos al confundirlos y mezclarlos.

El caso de Ptolomeo puede tener también una explicación en un posible error que es algo más que un error textual y de pasada, dada la primacía en su obra de los aspectos territoriales. Es obvio que ya tenía, por los demás, precedentes en autores anteriores para poderse equivocar. Lo que más sorprende en él, junto con su participación en el problema de la desaparición lacetana, es su ubicación de los yacetanos en una posición tan oriental y alejada de donde los sitúan las demás fuentes; un buen índice de la fragilidad de su evidencia es que de las diez poblaciones que les asigna sólo se ha podido identificar una, y si acaso dos, ubicadas, además, en el Pirineo leridano<sup>59</sup>. Y es coherente incluir en dirección oriental los dos étnicos, indigetes y layetanos, que los acompañan<sup>60</sup>.

Cabe suponer sin grave riesgo que ubica a los yacetanos donde los lacetanos. Pero no estamos hablando de una mera desubicación. Por supuesto, si lleva a los yacetanos allí, desaparecen del lugar que les corresponde y en el que lo sitúan las restantes fuentes, con lo que queda un espacio vacío que tiene que asignar a los pueblos de alrededor. Y es que, dado que toda comunidad ha de englobarla en un nombre de pueblo –y que esto, en realidad es secundario respecto a su tarea principal en este ámbito, la de ubicar no los pueblos sino las poblaciones– ha de repartir el territorio de en medio entre las unidades que le quedan o selecciona, esto es, los ilergetes y vascones que tiene en su lista y mapa. Si tiene delante a Estrabón, como sin duda ocurre, leería la adscripción comentada de *Oscá* a los ilergetes y esto le podría haber dado un pie adicional para hacerlo.

En medio de cuestiones tan obvias como el que coloque también por aquí a unos castellanos fruto del error o de la invención y de los que nadie sabe nada, de este desajuste espacial o de los nombres de ciudades asignados de los que apenas hay ningún dato fiable, parece, en todo caso, más que frágil tomar literalmente la vecindad de ilergetes y vascones y sus correspondientes repartos cartográficos. Se entiende que errores parecidos puedan explicar su adscripción a los vascones de ciudades de la línea del Ebro, como los otros que jalonan sus páginas.

Repitamos, ya por última vez, que todo lo señalado se une al problema histórico de fondo: la inverosimilitud de una “expansión” de esa supuesta etnia no concretable antes y que habría sobrevivido incólume en medio de procesos intensos de cambio, bien presentes allí en el paisaje, la

---

<sup>58</sup> Ver STR. 3. 4. 10; efectivamente, es fácil asociar a Sertorio con la Yacetania y las luchas de Sexto Pompeyo con la Lacetania (CASS. DIO 45. 10. 1); confróntese con. el comentario de A. TOVAR, *Iberische Landeskunde 3, Tarraconensis*, Baden-Baden 1989, 48-9, s.v. *Iaccetani*, T-29.

<sup>59</sup> Ver J. L. GARCÍA ALONSO, *La Península Ibérica...*, 413ss.; y F. BELTRÁN LLORIS, *Hacia un replanteamiento...*, 70.

<sup>60</sup> Como lector de Estrabón tendría fácil ubicarlos en posiciones orientales: aparecen los leetanos y los lartolayetes por la costa, en uno más de sus ejemplos para evitar una lista que no desea, en dirección a Ampurias, así como menciona unos indicetes antiguos co-habitantes de esta ciudad (STR. 3. 4. 8). La asociación no es muy distinta en Plinio, aunque sea más compleja su dirección respecto a los ilergetes, si se toma como referencia la alusión al río *Rubricatum* identificado como el Llobregat (PLIN. *Nat.* 3. 3. 21) por donde ubica a laetanos e indigetes antes de seguir la línea de los Pirineos que conocemos (ausetanos, yacetanos/lacetanos, cerretanos hacia el Pirineo, vascones). En el caso de Ptolomeo no puede ser más obvia esta ubicación oriental de los dos grupos: hay indicetes del interior y de la costa (con Ampurias y Rodas), como hay layetanos del interior y de la costa (con *Barcino* y la desembocadura del *Llubricatum*-Llobregat: PTOL. 2. 6. 18-19 y 2. 6. 72).

explotación agraria, las ciudades o las villas y que afectan en una dirección que no muestra tampoco ninguna diferencia específica con las zonas de alrededor<sup>61</sup>.

Cabría, sin embargo, plantearse la posibilidad de otra opción que ya hemos sugerido antes y que encuentra su base en el hecho de que una parte de los étnicos que utiliza él, siguiendo la tónica general, deriven claramente de la organización administrativa romana en *conventus*. La suposición de que a todos los efectos el único componente administrativo por debajo de la provincia es éste cae por su base<sup>62</sup>. Como es bien sabido, Plinio, cuya base en documentación oficial es indiscutible, en la *Citerior* y tras nombrar sus *conventus*, habla de *civitates contributae* que no tributan por su cuenta y de ciento ochenta y nueve ciudades<sup>63</sup>, lo que ya de por sí señala que algunas comunidades articulan fiscalmente a otras. Pero es más claro: cuando describe los *populi* que recibe cada distrito conventual<sup>64</sup>, y aunque haya ciudades, (mencionadas también por lo general por el étnico de sus habitantes, como *Castulonenses* por *Castulo*) que acuden individualmente, podemos ver que hay entidades con nombres étnicos en las que se inscriben diversos *populi*, como es el caso de los propios várdulos citados, y que incluyen poblaciones que podemos calificar como ciudades. Parece razonable pensar que el que cite a estos colectivos aquí dentro de un étnico implica un componente de consideración administrativa como tal grupo, como mínimo a determinados efectos administrativos.

Sabemos también que militarmente se cuenta por territorios con un nombre colectivo que no necesariamente implican un étnico a la vieja usanza. El ejemplo de la *turma Salluitana* marca un punto inicial importante: recibe el nombre de una comunidad, pero tiene caballeros procedentes de otras. Posteriormente las unidades de nombre étnico nos hablan, como es natural, de un territorio que no se tiene que corresponder en principio con la zona que ocupaba originalmente su nombre.

Es un lugar común la existencia de unidades militares vasconas<sup>65</sup>, como las hay de astures, várdulos, de *Callaeci* o de *Bracaraugustani*. Cuando a finales del siglo I o en la primera mitad del II<sup>66</sup> una conocida inscripción nos presenta a un Mocconio que, entre otras cosas, había sido tribuno laticlavio de la legión VII Gemina *ad census accipi[en]dos civitatum XXXIII Vasconum et Vardulorum*, se nos ofrece un ejemplo más que interesante de cómo no sólo las fronteras de los *conventus* ya no son necesariamente las únicas operativas –los dos grupos pertenecen a *conventus* distintos–, sino de cómo existe un tratamiento específico de unos territorios dentro de ellos a los efectos del censo, esto es, del control administrativo, fiscal y militar.

Así pues, parece claro que sigue funcionando una identificación territorial de un espacio administrativo romano “vascones”, sin más. Es esto lo que podría haber estado en la base del error de

---

<sup>61</sup> Ver, por ejemplo, la información recogida en M<sup>a</sup> J. PÉREX, *Los vascones (el poblamiento en época romana)*, Pamplona 1986 y El poblamiento vascónico en Navarra: visión general y últimas novedades, en: J. ANDREU (ed.), *Navarra en...*, 69-80 así como en el trabajo del mismo J. ANDREU, Ciudad y territorio en el solar de los Vascones en época romana, en: J. ANDREU (ed.), *Navarra en...*, 179-228.

<sup>62</sup> Ver reflexiones anteriores en este sentido con referencias a los vascones en F. WULFF, *Sociedades, Economías...*, 367ss.; 400ss.; y 407ss. para los vascones; *Las provincias de Hispania...*, 57-59; *La transformación de las comunidades...*, 259ss., y 263-264.

<sup>63</sup> PLIN. *Nat.* 3. 3. 18.

<sup>64</sup> PLIN. *Nat.* 3. 3. 25.

<sup>65</sup> Llama la atención la frecuente aparición de la unidad de (*Hispanorum*) *Vasconum Civium Romanorum*, que obviamente apunta una vez más a una romanización en todos los sentidos de la palabra. Nótese, por cierto, la interesante presencia de una unidad de Calagurritanos en la guardia de Octavio en SUET. *Aug.* 49.

<sup>66</sup> *CIL*, VI, 1643; confróntese con P. OZCÁRIZ, *El papel...*, 170; J. J. SAYAS, *Ad census adicipiendos* de ciudades vasconas y várdulas y la *legatio censualis* de un pamplonés, en: *Los vascos en la Antigüedad*, Madrid 1994, 161-172.

<sup>67</sup> Ver también, por ejemplo, PLIN. *Nat.* 3. 142-143.

Ptolomeo. Pero cabría preguntarse también si en medio de los procesos de disolución de diferencias previas y de acercamiento a los modelos romanos cuadra el mantenimiento de todos los viejos nombres y no un proceso de disminución por selección entre ellos a la manera de los que señalaba Estrabón o sencillamente por desaparición de otros<sup>67</sup>. En particular en el caso de los colectivos de escasa urbanización o de decreciente demografía, Roma no tendría quizás otra opción viable en términos fiscales o de leva que unificar grupos no operativos. Al final, la reducción del número de étnicos producida por la homogeneización de los territorios vendría a confluir con las propias necesidades de la administración.

La posibilidad de que los vascones hubieran sido en su origen poco menos que una construcción de Roma aplicada a un territorio y para usos administrativos y bélicos no quita ni su eventual permanencia ni, y esto conviene resaltarlo, la construcción de una identidad colectiva a su alrededor, como prueba muy bien, a mi juicio y por poner un ejemplo, el caso galaico o, en cierta medida el propio caso de la identidad hispana. El tiempo daría carta de naturaleza a lo artificial en medio de todo el conjunto de cambios que implica el imperio romano, sin que dejaran de influir, por ejemplo, las propias referencias literarias a las guerras de Pompeyo o su uso militar por los romanos en adelante, que puede muy bien tener que ver con su aparición en la obra de un poeta épico del siglo I, Silio Itálico.

Y siguiendo esto más allá, la eventual ampliación territorial de un nombre étnico como el suyo por sucesivas razones administrativas carecería de mayores implicaciones: sería, por decirlo así, tan política y tan poco “étnica” como la propia identidad romana, con una vinculación a los portadores primigenios del nombre que no tenía que ser otra cosa que los emocionales ligados al territorio<sup>68</sup> y, por supuesto, sin que quepa ninguna necesidad de implicar ningún tipo de elemento cultural prerromano superviviente<sup>69</sup>.

Desde esta perspectiva, cabría integrar sin mayores consideraciones el aumento del ámbito “vascón”, y también los aumentos o disminuciones de otros grupos en Ptolomeo; por supuesto, todo ello haría imposible calificar como fronteras lo que serían poco menos que “términos” y no digamos ya proyectarlos hacia el pasado<sup>70</sup>. Las fuentes literarias o específicamente geográficas, también necesitadas de simplificación, se encontrarían con un proceso que les conviene.

Las interpretaciones continuistas de los modelos nacionalistas decimonónicos, herederos de las viejas formulaciones del humanismo renacentista cuyas construcciones reelaboran en las nuevas,

---

<sup>68</sup> Debe tenerse en cuenta que, como hemos visto antes en el ejemplo del Ródano, los mecanismos de expansión territorial de denominaciones étnicas pueden tener una dinámica independiente, que puede confluir con la administrativa o precederla, además, claro está, de seguirla. El que Prudencio (PRUDENT. *Perist.* 1. 24 y 2. 337), en los finales del siglo IV, califique al Ebro como vascón (*Nos Vasco Iberus dividit*) o que, hablando de los mártires de la ciudad de *Calagurris* –recordemos que ciudad romana desde alrededor de cuatro siglos antes, pero ya igual de romana que el conjunto del imperio– se refiera a los viejos vascones nos puede remitir a este tipo de complejas confluencias.

<sup>69</sup> Ver en este mismo sentido, el trabajo de F. Pina en este volumen (pp.195-214).

<sup>70</sup> Sería, por cierto, del mayor interés una reflexión historiográfica y metodológica sobre los criterios utilizados en el texto casi fundacional de los estudios sobre “las fronteras” en estos territorios septentrionales, el clásico de C. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Divisiones tribales y administrativas del solar del País Vasco y sus vecindades en la época romana*, BRAH 95, 1929, 315-395; es sin duda un buen ejemplo de buena parte de las construcciones generales planteadas aquí, en su doble versión dedicada a España y a los vascos, bien visible en su *Vascos y navarros en su primera historia*, Madrid 1974. Ver, por ejemplo, en su capítulo titulado Los vascones a la caída del imperio romano, 221-225, dedicado en realidad a reivindicar el carácter de “traje vasco nacional” de los atalajes de la caballería vasco-aquitana de tiempos de Carlomagno y remitirlo a los viejos vascones e iberos, cuando señala: “Y es que la idiosincrasia de los pueblos, el fondo incoercible de su temperamento, de donde emergen sus tendencias y sus hábitos primarios, permanece casi inalterable a través de los más profundos cambios de los tiempos”. Ver también F. WULFF, *Las esencias...*, 217ss.

y no tan nuevas, claves, se limitarían a leer en términos de continuidad (e incluso ampliación) étnica lo que no sería más que un ejemplo de rearticulación territorial bajo los viejos nombres. Pocos casos como éste demuestran más a las claras la necesidad de la historiografía; las lecturas críticas de las formas tradicionales de entender las fuentes se convierten así en un objeto de análisis de primera necesidad para poder acercarnos de otra manera a la reconstrucción histórica.

La expansión vasca resulta, como se ve, un intento desesperado por dar coherencia a un relato imposible. El fraccionamiento y la complejidad del territorio en los siglos II y I a. C. y la falta obvia de señales de cohesión o de etnicidad son evidentes; a partir de ahí, todo lo que se ha intentado construir después para afirmar esa autoctonía y continuidad es igualmente frágil. Los datos lingüísticos apuntan en dirección parecida y a ello dedicaremos el siguiente apartado.

## 2. 2. Los vascones y el vascuence. Lengua o lenguas

Incluso sin considerar lo visto en el anterior capítulo, se hace evidente que el modelo que estamos revisando carga el peso de la prueba en la lengua, en el contexto de esa proyección entre hablantes y territorios del presente (o supuestos en determinadas zonas no hablantes hoy del vascuence) con etnia, hablantes y territorios del pasado, concebidos, además, con la vieja formulación que exige monolingüismo como exige la unicidad cultural y étnica.

Merece la pena exponer los datos de la manera más simple y concisa posible antes de llevar la cuestión a algunas reflexiones más globales. Ni los nombres de las comunidades asentadas en el territorio del actual País Vasco en la época romana, ni los nombres indígenas transmitidos por la epigrafía (romana, en su totalidad), ni, lo que es más importante, la toponimia permiten suponer que sea otra cosa que una zona de lengua indoeuropea<sup>71</sup>. En medio de una abrumadora mayoría de elementos de esta procedencia, la presencia minoritaria de un topónimo –curiosamente *Oiasso*–, dos antropónimos –uno de ellos en este mismo lugar– y un teónimo solamente permiten suponer una llegada posterior de los hablantes de vascuence y una presencia minoritaria en el contexto de la zona.

El caso del territorio vascón es algo más complejo pero no mucho más. Dejando aparte por el momento los topónimos –más exactamente el topónimo– se constata sólo a partir de los antropónimos y con nitidez que el territorio de la actual Navarra se caracteriza por ser en cuanto a los nombres no latinos aparecidos en las inscripciones una zona lingüísticamente compleja, con las zonas orientales en pleno contacto con un núcleo compacto de lengua ibera que abarca buena parte del Pirineo, las zonas occidentales en plena continuidad con el mundo indoeuropeo que acabamos de ver y, aquí sí, un conjunto de nombres remitibles al antiguo vascuence o vasco-aquitano<sup>72</sup>; al Sur es obvia también la presencia de grupos celtíberos.

Si destaca la importante cantidad de inscripciones con nombres indoeuropeos en la zona de Estella y los límites con la actual provincia de Álava, la presencia de nombres iberos muestra su

---

<sup>71</sup> El término evita mayores e innecesarias precisiones. Ver para la epigrafía P. CIPRÉS, La onomástica de las inscripciones romanas del País Vasco. Estructura del nombre personal y estatuto jurídico, *Veleia* 23, 2006, 85-128, y en especial 103-104. Para topónimos y los escasísimos teónimos ver los análisis de F. VILLAR, Indoeuropeos y euskaldunes..., 429ss.; para antropónimos y teónimos 497ss.

<sup>72</sup> Ver la síntesis en J. GORROCHATEGUI, Onomástica vascónica y aquitana. Elementos para el conocimiento de la historia antigua de Navarra, en: J. ANDREU (ed.), *Navarra en...*, 110-134, en particular 131-132 y 134, considerando que su presupuesto de la identificación vascones-lengua vasca puede generar algunos problemas de interpretación al lector (ver, por ejemplo, en 134, enumerando los tres tipos de nombres propios como celtas, iberos y vascones).

continuidad con esa zona oriental en la que las inscripciones de la *turma Salluitana* nos había ofrecido nueve nombres de *Segia*, en la actual Ejea de los Caballeros, así como otros igualmente iberos de otras poblaciones que podemos suponer cercanas. Las inscripciones en lenguas indígenas encontradas en la zona son cuatro téseras de hospitalidad de La Custodia en Viana que están en celtibérico, y dos más en ibero, el fragmento de Aranguren en las cercanías de Pamplona y el mosaico de *Andelo* (Muruzábal de Andión), con una vinculación clara con el muy conocido de Caminreal<sup>73</sup>. En medio de esto, se encuentra “la presencia de elementos vascónicos un tanto desperdigados por toda la zona media de Navarra y las Cinco Villas de Aragón, que dan pie a una sociedad lingüísticamente compleja, con muchas posibilidades de interacción entre las lenguas”<sup>74</sup>.

Por supuesto, en esa zona media, al sur de Pamplona, los nueve casos que incluye J. Gorrochategui<sup>75</sup> no están aislados: nos encontramos también nombres celtibéricos e ibéricos y considerando que tres de los que incluye proceden de la inscripción de Lerga, la proporción en la zona es poco menos que pareja<sup>76</sup>. La presencia de algunos teónimos remitibles al euskera en este espacio marca una diferencia cuantitativa, que en el caso ibero no resulta nada extraña al no ser habitual, aunque no falte un ejemplo y alguno más indoeuropeo.

Si bien este factor podría ser considerado como prueba de la mayor antigüedad de los hablantes de vasco-aquitano aquí, no hay que olvidar ni lo exiguo del número –cuatro seguros según el propio J. Gorrochategui– ni la tendencia a su concentración en una zona específica, los alrededores de *Andelos/Andión*. La única argumentación que puede ser esgrimida con solidez en este sentido es la que se refiere a los topónimos, sin que nadie pueda poner en duda su prioridad sobre cualquier otra salvo los hidrónimos, que ofrecen una argumentación no menos decisiva<sup>77</sup>.

F. Villar ha dado argumentos sólidos<sup>78</sup> para probar que de los treinta y ocho topónimos antiguos atestiguados en el espacio vascón en sentido amplio sólo uno tiene una etimología vasco-aquitana indiscutible, mezclada con el latín, *Pompaelo*, frente a un celta, dos iberos, cinco latinos, cinco dudosos y veinticinco indoeuropeos. Y se carece de hidrónimos de tal procedencia. Como muy bien señala este autor, tales datos no son en absoluto compatibles con una interpretación de la lengua vasco-aquitana como la lengua original de la zona y ofrecen, adicionalmente, un dato muy preciso, la fundación de Pamplona, para la época en la que podemos testificar que efectivamente están presentes.

Si los datos del actual País Vasco descartan incluso una presencia no casual de hablantes del vascoaquitano salvo, quizás, en ese espacio excepcional que es *Oiasso*, los de Navarra muestran un mundo de multiplicidad lingüística, en el que ni los vascones hablaban vascuence exclusivamente, y se descarta la condición de habitantes primigenios de quienes sí lo hacían.

---

<sup>73</sup> Ver para todo esto J. GORROCHATEGUI, *Onomástica vascónica...*, 119ss.; ver también sus observaciones sobre la posible influencia del vasco-aquitano en la última y que uno de los dos nombres sea celtibérico.

<sup>74</sup> J. GORROCHATEGUI, *Onomástica vascónica...*, 131-132.

<sup>75</sup> Ver la tabla en J. GORROCHATEGUI, *Onomástica vascónica...*, 132.

<sup>76</sup> Contrátese con F. VILLAR, *Indoeuropeos y euskaldunes...*, 497ss., y 502 que cuenta entre Pamplona y Huesca ocho frente a nueve indoeuropeos y cerca de treinta ibéricos, un número superior claramente a los seis que cuenta J. Gorrochategui, lo que se explica en parte porque, aceptando el componente “vascónico” de *Segia* como lo hace J. Gorrochategui, habría que sumar los nueve nombres que aparecen en la *turma*; véase aquí en particular el mapa de antropónimos en 499 y la tabla con los porcentajes de filiación en 500; para teónimos mapa en 501 y tabla con porcentajes en 502.

<sup>77</sup> F. VILLAR, *Indoeuropeos y euskaldunes...*, 507-508. Sobre topónimos de las ciudades vasconas puede verse, en este mismo volumen, la contribución de J.L. Ramírez Sádaba (pp. 127-143).

<sup>78</sup> F. VILLAR, *Indoeuropeos y euskaldunes...*, 429 ss. (con un análisis exhaustivo también de los nombres incluidos en las monedas de las llamadas “cecas vasconas”: ni la lengua ni el topónimo son vascoaquitanos); síntesis y conclusiones en 503ss., y 511 para hidrónimos.

Para entender mejor las dimensiones del problema y avanzar algo más, aún a riesgo de plantear temas bien sabidos, puede ser útil recordar la historia de las posiciones al respecto y de cómo se han visto afectadas por sucesivos descubrimientos. El de M. Gómez Moreno de la lectura del ibero<sup>79</sup> supuso un freno para la tendencia anterior a entender como vascuences todo un conjunto de documentación previa –desde toponimia a inscripciones como la de la *turma Salluitana*– que, por ejemplo, extendían las explicaciones en esta clave a amplias zonas, incluyendo el Pirineo. La posibilidad del conocimiento del celtíbero ayudó también en esta dirección. A falta de documentación sólida de elementos vasco-aquitano, con el problema siempre presente de la escasez de toponimia antigua de esta procedencia y con el creciente aporte de nuevas inscripciones ibéricas, M. Gómez Moreno, J. Untermann y otros pudieron sostener que la presencia de quienes la hablaban debía ser llevada a la Antigüedad Tardía.

Este contraste entre las creencias asumidas globalmente y la crítica científica pareció encontrar un punto de inflexión cuando a partir de los años sesenta, tras la inscripción de Lerga en particular, empezaron a aparecer nombres que podían ser remitidos al vascuence, si bien fueron apareciendo también otros que no lo eran. Esto hizo decaer la hipótesis de la primera introducción de hablantes del vascuence en la Alta Edad Media.

Un cambio de gran relieve en la perspectiva global lo supuso el interesantísimo trabajo de J. Gorrochategui sobre la onomástica indígena de Aquitania<sup>80</sup> y que dejaba clara la indiscutible y abundante presencia de hablantes de un paleovascuence en zonas de la provincia romana de Aquitania. Sistematizaba todas las inscripciones publicadas previamente ofreciendo un instrumento fundamental para el trabajo posterior. La presencia de celtas en las inscripciones de la zona era también obvia, mientras que, quizás como una reacción al periodo anterior, los componentes iberos no eran tenidos centralmente en cuenta.

El estudio de los materiales que iban apareciendo en Hispania contaba ahora con un referente esencial al otro lado de los Pirineos, pero, por otra parte, esa basculación del peso probatorio hacia allá no dejaba de suscitar problemas hacia acá para la hipótesis autoctonista ante el obvio contraste entre aquella profusión y lo magro de lo hallado aquí en términos absolutos y en términos relativos.

No son los únicos que se generan –piénsese, por ejemplo, en que las conexiones fonéticas y de otro tipo con un ibero cuya presencia y probable hegemonía pirenaica se iba constatando cada vez más y que hace no menos probable que esos elementos comunes tuvieran que ser explicados precisamente en esas zonas, lo que quizás tiene que ver con su cierta conversión en convidado de piedra en buena parte de estos estudios<sup>81</sup>– pero son los que nos interesa seguir ahora. O en el otro problema que suponía defender en adelante una fuerte presencia de sus hablantes en los territorios antiguos de las actuales País Vasco y Navarra, cuando se dejaba abierta la inquietante pregunta de cómo es que no produjeron la misma o parecida cantidad de inscripciones con sus nombres. Y si se argumentaba que la evidencia aquitana probaba la antigüedad mayor, e incluso la autoctonía de los hablantes de vasco-aquitano en la Aquitania, contando, además, con la importante presencia de onomástica indoeuropea allí, resultaba cada vez más precario sostener que la abrumadora evidencia que ha ido apareciendo de onomástica indoeuropea en los actuales País Vasco y Navarra, en este

---

<sup>79</sup> A partir de su decisivo M. GÓMEZ MORENO, Sobre los iberos y su lengua, en *Homenaje a Ramón Menéndez Pidal III*, Madrid 1925, 475-599.

<sup>80</sup> J. GORROCHATEGUI, *Estudio sobre la onomástica indígena de Aquitania*, Bilbao 1984.

<sup>81</sup> Ver las interesantes notas de CH. RICO, *Pyrénées Romaines. Essai sur un pays de frontière*, Madrid 1997, 77-9 y su frase en 78 referida a los estudios sobre el “vasco antiguo”: “À l’est, on entre dans le domaine de la langue ibérique et, apparemment, cela n’intéresse plus personne”.



caso en su parte Occidental, con una presencia escasa en términos relativos y absolutos de vasco-aquitano, no probaba lo mismo aquí para los grupos indoeuropeos. Por supuesto, en estos contextos, sólo quedaba, y queda, el más que dudoso procedimiento de recurrir al presupuesto de partida de la autoctonía del vascuence para considerar sus restos supervivencias de fases más antiguas...

El desmonte de este componente autoctonista y la demostración de su incompatibilidad con los datos que tenemos, en definitiva, la prueba de que el vascuence se había introducido en una fecha tardía, no probada antes de la aparición de Pompeyo, ha situado, de hecho, el dato de la profusión aquitana en inscripciones y en hablantes al desnudo. Pero éste quizás ayude a convertir el problema en solución: hay ya un lugar evidente del que pudieron haber venido en esas fechas tan recientes. La cuestión que quedaría por solucionar es en qué ocasión.

### 2. 3. Pompeyo y los hablantes de vasco-aquitano: una hipótesis sobre su origen

La fundación de *Pompaelo*-Pamplona entre los vascones por Pompeyo en los años setenta del siglo I a. C. es el dato básico con el que contamos para la presencia de hablantes de vasco-aquitano en la Península Ibérica. La presencia de Pompeyo en la zona en uno o varios momentos de su lucha contra Sertorio está bien atestiguada por el texto de Salustio que conocemos<sup>82</sup> y que deja claros los problemas de abastecimiento con los que se encuentra. Éste es un factor importante en todas las guerras, pero lo es particularmente en esta guerra, como prueban muy diversas referencias de las fuentes e incluso la famosa carta de Pompeyo, indignado, al senado por no proveerle suficientemente<sup>83</sup> y que podría ubicarse por esta época.

Que su estancia se produzca en el invierno del 75-74 parece razonable<sup>84</sup>. Como ha sido señalado muchas veces, la zona vascona, y el lugar de la futura *Pompaelo* en concreto, resulta estratégicamente importante por muchas razones, una de ellas era el acceso a Aquitania por Roncesvalles, pero también al mar en dirección al Cantábrico y a la misma Aquitania por la costa, la más viable en época invernal, aparte de su papel en las conexiones obvias con el Valle del Ebro en dirección hacia la futura *Caesar Augusta* y el mar Mediterráneo; es, por tanto, un auténtico nudo de comunicaciones de gran importancia estratégica<sup>85</sup>.

Es en este momento o en la amplia tarea de reorganización que emprende después cuando se sitúa la fundación de *Pompaelo*<sup>86</sup>. La razón para suponer que *Pompaelo* se funda con indígenas de la zona no ha sido otra que la asociación entre vascones=vascuence, cuya fragilidad ya hemos visto y el hecho de que el nombre contenga en su final un componente protovascuence. Que sean traídos de donde sí sabemos que hay una cantidad notable de hablantes de esta lengua es perfectamente consistente.

Pero lo es más si consideramos que tenemos informaciones de una fundación al otro lado de los Pirineos, algo a relacionar también con el papel de estos territorios en la propia guerra, bien

---

<sup>82</sup> SALL. *Hist.* 2. 93.

<sup>83</sup> SALL. *Hist.* 2. 98.

<sup>84</sup> Para el problema de PLUT. *Sert.* 21. 8 que habla de que inverna en el país de los vacceos ver F. GARCÍA MORA, *Un episodio de la Hispania republicana: la guerra de Sertorio*, Granada 1991, 264-265. En todo caso, asocia la famosa carta al senado con su situación precaria en aquella zona. Ver también SALL. *Hist.* 2. 96.

<sup>85</sup> J. ANDREU, *Ciudad y territorio...*, 195-8.

<sup>86</sup> Ver las dudas sobre la interpretación tradicional en F. PINA, *Deportaciones como castigo e instrumento de colonización durante la República Romana, el caso de Hispania*, en: F. MARCO, F. PINA y J. REMESAL (eds.), *Vivir en tierra extraña: emigración e integración cultural en el mundo antiguo*, Barcelona 2004, 236ss.; así como en las pp. 195-214 del volumen que el lector tiene entre sus manos.

visible en la presencia de varios generales romanos, incluido Pompeyo, y en su función como espacio de retaguardia para él y su bando. Dos fuentes nos hablan de *Lugdunum Convenarum*<sup>87</sup>; S. Jerónimo la considera formada por vectones/vetones, arrebacos/arévacos, y celtíberos bajados de las crestas pirenaicas, mientras que Isidoro los considera vascones, una posición que defendía A. García y Bellido, por ejemplo, y que, en todo caso, cuadra más con la referencia a las alturas de los Pirineos<sup>88</sup> y que no puede ser rechazada de principio con el argumento del carácter propompeyano de los vascones<sup>89</sup>, un aspecto que ya sabemos que no se puede sostener. Está en un espacio central de los territorios donde luego se encontrarán inscripciones vasco-aquitanas. Un traslado entre ambos lados del Pirineo no sería una mala opción, aunque tampoco sea imprescindible.

En cualquier caso, es un excelente momento para traer gentes de esa zona, y asentarlos en condición privilegiada en *Pompaelo*, asegurándose la fidelidad del territorio. Es razonable pensar que se trata de una re-fundación, mixta, en la que la inclusión de estos nuevos habitantes no tiene por qué suponer necesariamente un castigo para los anteriores, aunque tampoco haya que descartarlo. Lo único seguro es que la parte vasco-aquitana del nombre nos asegura el componente más significativo del grupo poblacional de la nueva fundación.

Y también es un excelente momento para asegurar las conexiones con el mar por una vía y una plaza fuerte. Ya hemos visto que *Oiasso* (Oyarzun-Irún) es el otro topónimo vasco-aquitano seguro junto con *Pompaelo*; es, curiosamente, también el único lugar del actual País Vasco donde una inscripción nos da un posible nombre de la misma familia lingüística: *Val(erius) Beltesonis*<sup>90</sup>. Aunque no sin ambigüedades, ya hemos señalado su adscripción vascona en las fuentes y la sorpresa que esto había causado por el carácter claramente externo al núcleo vascón de su situación y por el componente várdulo del territorio donde se enclava, bien visible, por ejemplo, en Mela<sup>91</sup>.

Recordemos los elementos que permiten suponer el carácter vascón del lugar. Tenemos una famosa referencia de Plinio<sup>92</sup> en una descripción de las costas viniendo de Aquitania en la que cuenta que Hispania comienza en el promontorio pirenaico, define la forma de Hispania considerando que es más estrecha aquí que la Galia y que su otro extremo, anuncia que se trata de la España Citerior o Tarraconense y comienza su ruta diciendo: sigue su ruta *a Pyrenaeo per oceanum Vasconum saltus Olarso Vardulorum oppida Morogi...*

Es muy probable que el *promuntorium* que marca a los navegantes *–per oceanum–* el paso desde la Galia sea precisamente el que se sitúa en *Oiasso/Olarso*<sup>93</sup>, y que tras presentarlo antes en general pase ahora a describirlo. La identificación entre el *promuntorium* y el monte sobre *Oiasso* no puede dudarse, por razones orográficas y por la unanimidad de las fuentes. Ptolomeo<sup>94</sup> enumera los lugares

<sup>87</sup> Hoy Cominges; IERON. *Adv. Vig.* 4 e ISID. *Etym.* 9. 2. 107.

<sup>88</sup> Ver A. GARCÍA Y BELLIDO, Hispanos en el Sur de Francia, *BRAH* 137, 1955, 42-43.

<sup>89</sup> Confróntese con CH. RICO, *Pyrenées Romaines...*, 142, n. 49; ver, también, sin embargo, los argumentos de F. PINA, Deportaciones como castigo..., 234 y notas; y L. AMELA, Las ciudades fundadas por Pompeyo Magno en Occidente: Pompaelo, Lugdunum Convenarum y Gerunda, *Polis* 12, 2000, 25ss.

<sup>90</sup> P. CIPRÉS, La onomástica de las inscripciones..., 89, cuadro 1; 103.

<sup>91</sup> POMPON. 3. 1. 15, incluyendo, además, el promontorio pirenaico mismo.

<sup>92</sup> PLIN. *Nat.* 3. 4. 110.

<sup>93</sup> Con menos posibilidades, *saltus* pudiera no entenderse como monte o similares, sino igual que el *saltus* que ha utilizado unas líneas antes PLIN. *Nat.* 3. 4. 108 –hablando de las zonas interiores de la parte aquitana del Pirineo... *Venami, Onosibrates, Belendi, saltus Pyrenaeus, infraque Monesi...*– y que se refiere al puerto de montaña que permite franquearlos, tal como lo interpreta, por ejemplo, la traducción en la colección Loeb; sería entonces una alusión al espacio entre el promontorio y las montañas por el que discurre la vía y la actual carretera y donde se ubica Irún mismo.

<sup>94</sup> PTOL. 2. 6. 10.

de la costa y, tras ubicar a los várdulos y su ciudad *Menosca*, menciona a los vascones, su población *Oiasso* y el “promontorio de *Oiasso* del Pirineo”, lo que contribuye a reafirmar tres asociaciones de *Oiasso*: con el promontorio, los Pirineos y los vascones<sup>95</sup>. El señalar los cabos como puntos clave de referencia desde el mar es lo típico en la literatura geográfica, pero también *Oiasso* le sirve a Plinio, como a otros autores, y a la administración romana, para medir las dimensiones de Hispania, por ejemplo desde Tarragona. Su asociación entre paso de la Galia e Hispania en la zona costera, final de la ruta desde la capital provincial *Tarraco* y punto de referencia marítimo es totalmente obvia<sup>96</sup>.

La referencia de Plinio asocia ese cabo con los vascones, entonces, quizás llamando *saltus* ahora al monte que es el cabo. Y se entiende también por aquí otra referencia de Estrabón<sup>97</sup> que ya conocemos en la que informa de la vía de Tarragona hacia los vascones de Pamplona y (los vascones de?) *Oiasso* en el Océano, que separa Aquitania e Iberia.

La asociación entre vascones y *Oiasso* parece ser algo más que un referente a la vía y a su vinculación con los vascones. Tenemos, pues, dos anomalías, ésta del carácter “vascón” de la ciudad en un espacio várdulo, y la del extraño y aislado componente vasco-aquitano en su nombre. Ambas se pueden explicar con nuestra hipótesis. La instalación de hablantes de vascuence procedentes de Aquitania como en *Pompaelo* explicaría su nombre vasco-aquitano, mientras que la vinculación a la zona vascona tendría una buena explicación con la poco menos que necesaria vinculación con el núcleo central de sus coterráneos en la Península asentados allí, y a su vinculación con ellos por la vía desde *Pompaelo* que la une a la capital provincial.

La futura potenciación de la ciudad como puerto de obvia importancia estratégica muestra la importancia del lugar y la finura de la elección estratégica que supone<sup>98</sup>. No olvidemos, tampoco, su papel esencial en la ruta entre el Ebro, el mar y la Galia costera aquitánica en la que Pamplona resulta esencial y que hemos visto tan constatada en las referencias anteriores, por ejemplo Estrabón. Cabría suponer, entonces, que ese vínculo lo es también a efectos del papel de estos grupos en la perspectiva viaria cara a Roma. Una integración en la misma unidad administrativa romana que eran o devienen los vascones se haría necesaria. La hipótesis de que todo esto refiera también a su adscripción al *conventus* cesaraugustano que hemos comentado, lo que, por otra parte, es obligado para los *conventus* de la *Citerior*, no tiene por qué ser contradictorio con esto: su previa asociación al espacio de los vascones se reforzaría ahora al pertenecer al mismo *conventus* y vincularse territorialmente de manera adicional, y también por lo que podría implicar de multiplicación de contactos por la función fiscal y las consiguientes obligaciones de exportación e importación de productos por esa vía<sup>99</sup>.

La conexión de *Oiasso* y *Pompaelo* con la vía de comunicación que las une y su papel comercial, fiscal y estratégico puede tener algunas implicaciones más en otros espacios navarros. No deja de ser curioso que la concentración de teónimos vascoaquitanos se produzca precisamente

---

<sup>95</sup> Mela, como acabamos de apuntar, en POMPON. 3. 1. 15 siguiendo la costa habla de los várdulos que llegan hasta el “promontorio de la cordillera del Pirineo” (*ad Pyrenaei iugi promontorium*) en el final de las Hispanias; ver STR. 3. 1. 3 para ese límite marcado por los montes Pirineos.

<sup>96</sup> Ver, por ejemplo, en el propio PLIN. *Nat.* 3. 3. 29: la distancia en la vía Tarragona *ad litus Olarsonis y Pirineos*; los dos promontorios que, uno por mar, marcan el paso de Galia a Hispania en 3. 3. 30; el circuito entre los dos promontorios en 3. 4. 118 da el perímetro de Hispania y 3. 4. 114 con los Pirineos como límite marítimo y sinónimo.

<sup>97</sup> STR. 3. 4. 10.

<sup>98</sup> C. FERNÁNDEZ OCHOA y Á. MORILLO, *De Brigantium a Oiasso. Una aproximación al estudio de los enclaves marítimos cantábricos en época romana*, Madrid 1994, 142ss.

<sup>99</sup> Véase las interesantes observaciones al respecto de P. OZCÁRIZ, *El papel ...*, 174-177.

en dirección Sur y con coincidencias notables con la ruta hacia el Ebro, como ocurre en el caso de la zona de *Andelos/Andión*, uno de los escasísimos topónimos que presentan ciertas dudas en su adscripción<sup>100</sup> y donde se han encontrado muestras claras y significativas de hablantes de vasco-aquitano y los diversos teónimos a los que nos hemos referido antes<sup>101</sup>. Es un enclave importante en el que hallamos también gentes de nombres indoeuropeos e ibéricos, aparte, claro está, de latinos<sup>102</sup> un hecho que cuadra bien con la única información que tenemos algo detallada de las fundaciones pompeyanas, la de los *Convenarum*. Cuadra muy bien con esto el hecho que se ha recalcado recientemente de la relación entre los primeros desarrollos urbanísticos según patrones romanos en la zona y la guerra sertoriana<sup>103</sup>.

La hipótesis de que Pompeyo termina o realiza esta vía *Tarraco-Oiasso* cuadra muy bien con ello<sup>104</sup>. Las fundaciones de *Pompaelo* y, si tenemos razón, *Oiasso*, muestran la preocupación de Pompeyo por que Roma controle esta ruta; la posible instalación de otros grupos al Sur de Pamplona mucho más.

En todo caso, lo dicho sumado a la fundación de *Lugdunum Convenarum* muestra el lugar crucial de los Pirineos en la reestructuración pompeyana de la *Citerior*, un aspecto que podría reforzarse si se admite su fundación de *Gerunda/Gerona* en esta misma perspectiva<sup>105</sup>. La posible asociación de la torre trofeo de Urkulu<sup>106</sup>, en el camino al Pirineo por encima de Roncesvalles y a la vista de la vía, a Pompeyo y al famoso monumento al que vimos que hacía referencia Plinio y que se dedicó él mismo en la zona Oriental, en Perthus, lo apoyaría, aunque la falta de datos resulte en este caso también paralizadora.

Suponer estas fundaciones podría resolver los problemas que hemos ido viendo, incluyendo la falta de topónimos hasta *Pompaelo* (y *Oiasso*), y explicaría la presencia de hablantes de vasco-aquitano que tenemos constatados. Después, cuadra bien con los datos sobre su condición de grupo poblacional entre otros en la única zona donde se constatan con cierta consistencia. Quizás no es una especulación muy arriesgada suponer, por otra parte, que su carácter exógeno y el hecho de provenir de grupos traídos desde otras zonas por los romanos podrían también dar cuenta de su tendencia a aferrarse más, o a hacer más explícitos, componentes identitarios como los teónimos.

En cualquier caso, recordemos que, con los datos en la mano, en la propia zona de *Pompaelo* y la Navarra central es imposible suponerles un componente mayoritario; hablamos de un grupo de gentes que se sitúan en un ambiente de hablantes de lenguas celtíberas o celtas, con algunos componentes iberos, en un mundo presidido por el latín, convertido, y cada vez más, en la lengua de

---

<sup>100</sup> Ver F. VILLAR, *Indoeuropeos y euskaldunes...*, 437.

<sup>101</sup> Para la relación de la zona y de la cuenca del Arga con las vías de comunicación entre el Ebro y Pamplona y en dirección transversal, sin perder de vista los posibles cambios en el tiempo, ver M<sup>a</sup> J. PERÉX, *Los vascones...* 84, 86-7 y 241 lámina 49; y también F. J. NAVARRO, La vía romana de Alfaro a Pamplona, en: *III Congreso de Historia de Navarra. Pamplona 1994*, Pamplona 1998, 2-18 esp. 9.

<sup>102</sup> J. ANDREU, *Ciudad y territorio...*, 181-184 con la bibliografía.

<sup>103</sup> K. LARRAÑAGA, *El hecho colonial romano en el área circunpirenaica occidental*, Vitoria 2007, 70; ver que *Pompaelo* y *Andelos* son dos de los tres ejemplos citados.

<sup>104</sup> L. PÉREZ VILLATELA, Pompeyo y los Pirineos, en: E. RIPOLL y M. E. LADERO (eds.), *Actas del Congreso Internacional Historia de los Pirineos, I, Prehistoria e Historia de la Antigüedad*, Madrid, 1991, 359-74.

<sup>105</sup> Ver L. AMELA, *Las ciudades fundadas...*, 31ss. para el resumen de los trabajos de J. M. Nolla sobre la cuestión.

<sup>106</sup> M<sup>a</sup> Á. MEZQUÍRIZ y J. L. TOBIE, La torre-trofeo de Urkulu, *TAN* 17, 2004, 221-246; ver F. BELTRÁN LLORIS y F. PINA, Roma y los Pirineos: la formación de una frontera, *Chiron* 24, 1994, 115-117 y el artículo que lo contiene para el conjunto del problema enunciado en el título.

referencia. Parece fuera de lugar sostener que la presencia medieval de vascuence aquí y en el futuro País Vasco pudiera deberse a estos grupos. Incluso es complicado también suponer la supervivencia de la lengua. Lo que sí está claro es que los procesos de romanización lingüística y de cambios sociales y económicos corporeizados, por ejemplo, en las villas, son paralelos a los de los restantes lugares de la zona del Ebro y se constatan con nitidez en la toponimia de la zona –como ya probó J. Caro Baroja, por ejemplo–. Nada habla de que aquí se produzca antes de la fase tardoantigua un desborde de la lengua vasca. Conviene recordar, quizás innecesariamente, que en Europa continental la única lengua celta que perdura, el bretón, es fruto de una emigración desde la Isla Británica en la época de las invasiones. No parece haber otra alternativa que dar la razón a quienes miran a la Antigüedad Tardía para encontrar la solución para el problema.

#### 2. 4. Una confusión en el tiempo y algunas discontinuidades

Aquí se cruzan, de nuevo, los problemas historiográficos y los problemas históricos. El mismo mundo que ve desarrollarse el vascoiberismo y el vascocantabrismo ve también la ecuación vascones-vascuence-vascos y la necesaria creencia en la continuidad hasta el presente.

Las reflexiones de diversos autores que hemos vertido aquí nos muestran un colectivo complejo, sin elementos identitarios objetivos o subjetivos detectables, plurilingüe, con un componente territorial no menos difuso, al que, si tenemos razón, los romanos añaden complejidad lingüística y étnica asentando hablantes de vasco-aquitano y cuya denominación es quizás también fruto de los usos romanos, incluso de los meramente administrativos. Con posterioridad el término puede seguir usándose para y por los habitantes de un territorio en el que predominan los cambios socioeconómicos, sin que quepa descartar la posibilidad de que éste se amplíe sobre espacios vecinos, en el contexto de un latín de avance tan gradual e inexorable como otros componentes de la cultura antigua.

Es interesante ver que la Antigüedad Tardía nos da claves precisas para entender otro cambio más: aquél por el que se empieza a denominar vascones a grupos del todo ajenos al mundo anterior, incluso enemigos del espacio más significado del viejo mundo vascón.

Recordemos brevemente<sup>107</sup> que en la zona tenemos testificada, en el contexto de los cambios críticos que implican los siglos finales del Imperio Romano de Occidente, una importante presencia de los movimientos de *bacaudae* en el siglo V y procesos de ruptura social que se dan a ambos lados del Pirineo. Y también sabemos que será uno de los espacios claves de enfrentamiento –más dramático en Cantabria– entre visigodos y francos ya en el VI.

En ese contexto se constata que las fuentes francas a partir de los años setenta de este siglo informan de enfrentamientos con gentes a las que denominan “vascones”. Se trata de grupos montañoses de economía precaria en cuya conformación interviene también todo el conjunto de impactos de las crisis seculares del mundo tardo imperial y tardo antiguo que constatamos en los *bacaudae* del siglo anterior, agravados ahora por los procesos de invasiones germánicas y de consolidación de sus reinos. Probablemente se asiste aquí a la conformación específica de nuevos grupos, a procesos de etnogénesis que ven nacer bajo este nombre identidades nuevas. El saqueo de la *Novempopulonia* y la posible instalación allí de gentes a las que las fuentes denominan vascones suele considerarse como el momento en el que la zona empieza a ser denominada *Guasconia*,

---

<sup>107</sup> Ver para lo que sigue el interesante trabajo de E. MORENO, El periodo tardoantiguo..., 263-286.

*Uasconia*. Pronto también se producen enfrentamientos en Hispania con los visigodos, por parte de estos grupos que someten a sus correrías a los habitantes del llano.

No hay ni que decir que estos nuevos “vascones” no tienen que ver ya con aquellos viejos vascones cuyas tierras invaden. Otro giro de tuerca en los significados. Las razones por las que se produce esta identificación son difíciles de conocer dada la pobreza de los datos con los que contamos sobre el uso del término y los muchos siglos y acontecimientos con los que hay que contar. Una clave pueda encontrarse en los textos de Ausonio<sup>108</sup>, donde se constata la asociación de sus usos de *uasco/uasconia* ligados a *saltus*, Pirineo e incivilización. Quizás el papel de este famoso poeta cristiano del siglo IV fue decisivo para esta asociación o quizás no es más que un testigo de cómo se populariza como expresión poco menos que despreciativa que continúa en estas claves el conjunto de asociaciones visibles en la literatura de vascones y Pirineo que ya hemos visto, asociaciones en las que Pompeyo tuvo tanto que ver.

Suponer un tránsito por el que acaba definiendo a habitantes de los valles pirenaicos y después su aplicación a estos grupos en las fuentes ya cristianas ligadas a los francos y godos no parece muy arriesgado. Si esto es así, el viejo término de bien conocida raíz indoeuropea que había servido para definir de la forma evanescente que hemos visto lo que acaba siendo un espacio administrativo romano más, vuelve a aplicarse otra vez desde el exterior a grupos muy distintos que quizás acabarían asumiéndolo como propio.

Lo razonable es que sea también en estos momentos cuando sean identificados con la lengua que hoy denominamos vascuence y que sean ellos los que, cuando el panorama se complique con la invasión musulmana, protagonicen también la ocupación o la continuación de la ocupación de territorios al otro lado de los Pirineos en dirección al futuro País Vasco.

Sea como fuere, este nombre refleja en realidad un mundo complejo en el que se han ido produciendo fenómenos no tan distintos a los propios procesos de etnogénesis protagonizados por los grupos germánicos, que a su vez acabarán contribuyendo a generar nuevas identidades en las zonas del fenecido imperio romano que dominan. No es tan extraño que en las periferias de unos procesos tan complejos y de tanta envergadura se produzcan fenómenos similares. El surgimiento de los *Navarri* como grupo, por ejemplo, tiene mucho que ver con este ambiente y circunstancias.

Sin necesidad de mencionar el caso de la *Novempopulonia*, las condiciones de la época cuadran muy bien con ello y también con su desplazamiento. Las luchas de Wamba contra sus incursiones en “Cantabria”, esto es, necesariamente incluyendo o pasando por las tierras del futuro País Vasco en el 675, marcan uno de los caminos del futuro, si es que no son los primeros de ese futuro. Recordemos, además, que esas cruentas luchas tuvieron en la zona el precedente de la ocupación por los francos, con la constitución de una provincia de Cantabria en la segunda mitad del siglo VI y hasta comienzos del VII, en que fueron desalojados por los visigodos. Espacios bien conocidos, en los que incursiones por tierra y por mar contribuyen a las rupturas y crisis de todo tipo que ya de por sí provee la época y donde, en medio de las tensiones entre francos y visigodos, cabe esperar infiltraciones e invasiones de grupos que, además, pueden ser también impulsados por los mismos francos en su disputa por la zona.

---

<sup>108</sup> Ver AUSON. *Epist.* 29. 51; 31. 203; 31. 212 y 31. 218 (Loeb).

Ver, en medio de tales complejidades, la constitución o el afinamiento de una identidad única y perdurable<sup>109</sup> es también parte del mismo modelo de construcción al que venimos aludiendo desde el principio y también choca frontalmente con la constatación de la historicidad y variabilidad de las identidades entonces, un tema igualmente crucial de la investigación en este campo<sup>110</sup>. Transferir a la Edad Media lo que antes correspondía a la Edad Antigua no parece el mejor camino para superarlo<sup>111</sup>.

---

<sup>109</sup> Ver, por ejemplo, la crítica de J. J. LARREA, *La Navarre du IV au XII siècle, Peuplement et société*, Bruselas 1998, 110ss., con las conclusiones de 159-160; y Aux origines littéraires d'un mythe historiographique: l'identité basque au Haut Moyen Âge, en: M. BANNIARD (ed.), *Langues et Peuples de l'Europe. Cristallisation des identités romanes et germaniques (VII-XI siècles)*, Toulouse-Conques 1997, 18-24.

<sup>110</sup> Desde el pionero trabajo de R. WENSKUS, *Stammesbildung und Verfassung: Das Werden der frühmittelalterlichen gentes*, Köln 1961; por citar tres obras colectivas donde se puede ver las conexiones con el debate de fondo del que venimos hablando W. POHL y H. REIMITZ, (eds.), *Strategies of Distinction. The Construction of Ethnic Communities, 300-800*, Leiden-Boston-Köln 1998; H.-W. GOETZ, J. JARNUT y W. POHL (eds.), *Regna and Gentes. The Relationship between Late Antique and Early Medieval Peoples and Kingdoms in the Transformation of the Roman World*, Leiden 2003; y A. GILLET, *On Barbarian Identity. Critical Approaches to Ethnicity in the Early Middle Ages*, Turnhout 2002.

<sup>111</sup> Ver el incisivo libro de P. J. GEARY, *The Myth of Nations. The Medieval Origins of Europe*, Princeton 2001.

## GRAFITOS NOMINALES DE LA PLAZA DEL CASTILLO DE PAMPLONA

MERCEDES UNZU URMENETA  
Gabinete Arqueológico Trama

PABLO OZCÁRIZ GIL  
Universidad Rey Juan Carlos  
CEIPAC – Universidad de Barcelona

### 1. LOS GRAFITOS DE LA PLAZA DEL CASTILLO

La excavación llevada a cabo en la Plaza del Castillo de Pamplona por el Gabinete Arqueológico Trama ha ofrecido una abundantísima cantidad de fragmentos de cerámica común y de tipo sigillata<sup>1</sup>. Dentro de este conjunto ha podido identificarse un número también abundante de grafitos que ronda los 150 ejemplares. Sin duda se trata de un número muy amplio, si tenemos en cuenta la extensión de la excavación, dentro de un contexto urbano. Entre ellos destaca un amplio número de signos y dibujos figurativos, así como una serie de grafitos epigráficos y nominales que, por lo que aportan para el conocimiento de la población de una de las ciudades de los vascones, tenemos a bien presentar a continuación.

---

<sup>1</sup> J. A. FARO; M. UNZU, El patrimonio arqueológico urbano: la Pamplona antigua, en: M.M. LARRAZA MICHELTORENA (coord.), *Las calles de Pamplona: un lugar para la memoria*, Pamplona 2007, 21-54; M. UNZU, P. PRIETO, M.J. PERÉX, A. HERNANDO, Roman Baths in Pamplona (Navarra-Spain), en: *Cura aquarum in Ephesus: proceedings of the 12th International conference on the history of water management and hydraulic engineering in the Mediterranean Region*, Ephesus, Selçuk-Turkey, october 2-10, 2004, Leuven 2006, 431-436.; M. UNZU, Arqueología urbana en Pamplona. La plaza del Castillo: resultados. Polémica de conservación, en: *Jornadas de Arqueología en suelo urbano, 19 y 20 de marzo*, Huesca 2004, 139-159.



La tradición de realizar mediante incisión un dibujo, una inscripción, un símbolo, o una inicial sobre soporte cerámico está ampliamente documentada en innumerables publicaciones de excavaciones. Hasta ahora existen algunos trabajos como el realizado por M<sup>a</sup> Á. Mezquíriz a comienzos de los sesenta<sup>2</sup>, el de F. Mayet en 1984<sup>3</sup> o el de J. Sánchez-Lafuente en 1999<sup>4</sup>, que han realizado listas de inscripciones y a las que habrá de sumar ésta que presentamos, así como otras muchas que se están publicando en los últimos años. Sin embargo, quedan por sistematizar cuestiones como cuáles eran las zonas principales de aplicación epigráfica o investigar con más detalle la función que tenían estas incisiones, la extensión geográfica de este hábito, etc. Por ejemplo, queda por explicar de forma precisa por qué la forma 37 de TSH es, con diferencia, la forma con un mayor número de grafitos, regla que se cumple entre los nominales seguros aquí presentados. Ocurre algo diferente con los grafitos parietales, que cuentan con destacados trabajos centrados en lugares concretos como Pompeya y Herculano<sup>5</sup> o incluso notables trabajos de conjunto como el publicado por M. Langner hace ya varios años<sup>6</sup>. A pesar de estas excepciones, el estudio de la epigrafía sobre cerámica ha sido generalmente dejado de lado frente a la epigrafía lapidaria, sin duda debido a la falta de monumentalidad, a que se trata de una epigrafía menos estética, a la mayor dificultad de lectura que presenta, y a que generalmente el grado de información que ofrece suele ser estimado menor, y por lo general referente a clases sociales de un estrato inferior al de la epigrafía lapidaria<sup>7</sup>. Además, el reducido volumen de información que suele transmitir resulta siempre más difícil de interpretar que en otro soporte, debido a que suele realizarse en un contexto privado, difícilmente accesible –al menos en la mayoría de los casos– para un investigador que accede a ellos centenares de años después de su aplicación.

A menudo se olvida que los grafitos son inscripciones que cuentan con un valor añadido. Las inscripciones lapidarias requieren una reflexión previa del mensaje que se desea presentar y, por tanto, ofrecen un reflejo consciente y valorado de dicho mensaje. Los grafitos, por el contrario, contienen un alto grado de espontaneidad, y suelen carecer de dicha reflexión, con lo que la imagen que reflejan de su autor se suele encontrar más desprendida de prejuicios, y se puede considerar más espontánea y cercana al día a día. Por otro lado, el mensaje que transmiten resulta siempre más difícil de interpretar, debido a que suelen realizarse en un contexto privado y a que contienen un volumen de información reducido.

Por lo general, salvo casos concretos, los grafitos realizados en época romana ofrecen una gran dificultad de lectura, derivada de la dificultad de escribir sobre el soporte cerámico. Esta dificultad viene, por un lado, por tener que realizar una incisión con un objeto con punta sobre un soporte duro y, por otro lado, por la irregularidad de la superficie de escritura, generalmente curva por las características de la pieza.

La cerámica romana cuenta con dos tipos de grafitos. Los *ante cocturam*, realizados antes de la cocción, suelen contener información relativa al proceso de producción de la pieza<sup>8</sup>. Los *post*

---

<sup>2</sup> M<sup>a</sup> Á. MEZQUÍRIZ, *Terra Sigillata Hispánica*, Valencia 1961.

<sup>3</sup> F. MAYET, *Les céramiques sigillées hispaniques I*, Paris 1984.

<sup>4</sup> J. SÁNCHEZ-LAFUENTE; S. RASCÓN y J. POLO, Grafitos sobre instrumental doméstico en *Hispania*, en: *XI Congresso Internazionale di Epigrafia Greca e Latina. Roma, 18-24 settembre 1997*, Roma 1999, 597-599.

<sup>5</sup> Por ejemplo, C. ZANGMEISTER, *Inscriptiones parietariae Pompeianae Herculanae Stabianae*, Berlín 1871; W. KRENKEL, *Pompejanische Inschriften*, Leipzig 1961; DIEHL, E., *Pompeianische Wandinschriften und Verwandtes*, Berlín 1930; y E. MONTERO CARTELLE, *Grafitos Amatorios Pompeyanos - Priapeos - La Velada de la Fiesta de Venus*, Barcelona 1990.

<sup>6</sup> M. LANGNER, *Antike Graffitizeichnungen. Motive, Gestaltung und Bedeutung*, Wiesbaden 2001.

<sup>7</sup> Como en toda generalización, existen excepciones en trabajos muy destacables como L. BAKKER y B. GALSTERER-KROLL, *Graffiti aus römischer Keramik im Rheinischen Landesmuseum Bonn*, Bonn 1975.

<sup>8</sup> P. OZCÁRIZ, *El instrumentum domesticum y el instrumentum inscriptum*, en: J. ANDREU, (ed.), *Fundamentos de Epigrafía Latina*, Madrid, 2009, 533-577.

*cocturam* son realizados después de la cocción de la pieza. El surco producido por la incisión suele ser más fino y sutil que el de los grafitos *ante cocturam* y carece, además, de la ‘rebaba’ producida por el trazo en la pasta todavía sin cocer. En el momento de la realización de un grafito después de la cocción, el surco deja a la vista la parte interior de la arcilla, que cuenta con una coloración y textura diferentes. Esta diferencia de colorido suele mitigarse si la pieza sufre un largo proceso de desgaste, pero en cerámicas con barniz se puede distinguir claramente. La función principal de los grafitos *post cocturam* (de los nominales y, probablemente de la mayor parte del resto de signos, letras y dibujos figurativos) es la de identificar al propietario de la pieza. En el caso que nos ocupa, la totalidad de los grafitos están realizados *post cocturam*. De esta manera, la mayor parte de los grafitos indudablemente identificados como nominales aparecen en genitivo, así como en algunos de los dudosos. En algunos casos también se encuentran en nominativo (*ad ex.* nº 24). En otros contextos conocemos también ejemplos de inscripciones con funciones más variadas relativas a las piezas de la cocina, posibles dedicatorias de la persona que regala la pieza o amenazas a aquél que tuviese la tentación de robarla, así como frases relativas al contenido de la pieza o al disfrute de la bebida. No podemos descartar que alguno de los fragmentos aquí presentados pudiese tener alguna intención similar.

Las piezas de TSH presentan, por lo general, más grafitos que aquellas de proveniencia itálica o sudgálica. Según F. Mayet esto se debería a que la TSH cuenta con un engobe de menor dureza<sup>9</sup>, y su utilización estaba más extendida, con lo que existiría mayor posibilidad de ser confundida con la cerámica del resto de personas que convivían alrededor. Para esta autora sería posible que el marcar este tipo de piezas como propias se debiese al valor que se le daba a la pieza. Para nuestra mentalidad actual podría parecer un desprecio hacia la pieza el “estropear” el barnizado original con un grafito. Pero sería más importante para el poseedor de la cerámica dejar clara la pertenencia de ese objeto que valoraba, antes que mantener la estética original de la pieza<sup>10</sup>. F. Mayet afirma que en la cerámica común no se aplicaban apenas grafitos, puesto que tendría menor valor que la TSH. En la Plaza del Castillo existen varios grafitos sobre este soporte que ponen en duda esa afirmación. En nuestra opinión, algún conjunto homogéneo de grafitos como los hallados en Arcaya, ha dado resultados que también ponen en tela de juicio la versión de que el mayor valor de la pieza justificaba su esgrafiado, ya que de 74 grafitos, 63 pertenecen a fragmentos de cerámica con formas lisas sin decoración, y 11 fragmentos a formas decoradas<sup>11</sup>.

La datación de los grafitos, basada en la cronología de las formas cerámicas, pertenece a finales del siglo II y el siglo III d. C. La mayor parte de las inscripciones se encuentran localizadas en zonas externas de las piezas, en el pie o en sus proximidades, pared, o cerca del borde. Sólo en un caso se ha conservado una inscripción en ambos lados de un labio (nº 23). En general, el tipo de letra que se utiliza en estos grafitos se aleja de los tipos canónicos, buscando los tipos capitales, y rebasando la caja de escritura por arriba y por abajo, al igual que sucede con la mayoría de los grafitos sobre cerámica<sup>12</sup>.

En dos casos encontramos las inscripciones relacionadas con grafitos figurativos: en el nº 14 junto a un tridente y en el nº 10 junto a una palma. Junto al nº 8 se encuentra otro grafito no

---

<sup>9</sup> F. MAYET, *Les céramiques sigillées...*, 241.

<sup>10</sup> A. MENÉNDEZ, *La comarca de Valdeorras en época romana: la cerámica sigillata*, O Barco 2000, 82.

<sup>11</sup> P. CIPRÉS, Marcas y grafitos aparecidos en la terra sigillata hispánica procedente del yacimiento de Arcaya (Álava), *Veleia* 1, 1984, 196.

<sup>12</sup> J. SÁNCHEZ-LAFUENTE; S. RASCÓN y J. POLO, *Grafitos sobre instrumental...*, 571-580.

<sup>13</sup> G. GARCÍA BROSA; M. GARCÍA MORCILLO; P. OZCÁRIZ y R. ROVIRA, Los Grafitos del Siglo III (Campañas de 1989, 1991 y 1992), en: J. M<sup>o</sup>. BLÁZQUEZ y J. REMESAL (dirs.), *Estudios del Monte Testaccio (Roma) II* (Instrumenta 10), Barcelona 2001, 305-365.

identificable. Se trata de signos muy habituales en todo tipo de grafitos sobre cerámica, junto con asteriscos o espirales<sup>13</sup>.

No resulta común encontrar grafitos *post cocturam* con *tria nomina*, aunque tampoco nos son desconocidos en la Península Ibérica<sup>14</sup>. En nuestro caso tenemos un grafito que podría hacer referencia a una persona que contaría con la ciudadanía romana sería el grafito nº 19, ---]NNA AUR, quizás el nombre de una mujer. Quizás también podría ser un *tria nomina* el nº 26 del que sólo se ha conservado A o M]US FU[---, aunque resulta muy dudoso.

Este grupo de grafitos ha aparecido en un contexto muy concreto: La Plaza del Castillo de Pamplona y, en su gran mayoría, en el sector 3 de la excavación. Se trata del sector en el que aparecieron abundantes tumbas musulmanas, lo que conlleva contar con un estrato totalmente revuelto<sup>15</sup>, pero como contexto de estos grafitos podemos entender que se trata de un barrio artesano. Han aparecido restos de industria del hueso, cristal, cerámica, teñido de paños, etc. Este material cerámico con grafitos podría haber pertenecido a este tipo de población.

En Navarra han aparecido anteriormente numerosos grafitos que pueden identificarse como nominales. Cabe destacar los anteriores hallazgos realizados en *Pompaelo* o Arellano, publicados por M<sup>a</sup> Á. Mezquíriz, que han aportado numerosas inscripciones y que, junto con este conjunto aquí presentado, pueden constituir el comienzo de un estudio más sistemático de los grafitos sobre cerámica romana.

Pasaremos ahora a detallar el *corpus* de inscripciones halladas en la Plaza del Castillo. Contamos con siete grafitos nominales seguros y con otros diecinueve de lectura fragmentada o complicada o con una duda razonable de tener elementos nominales. Finalmente, incluimos un grafito con epigrafía paleohispánica.

## 2. CATÁLOGO DE INSCRIPCIONES

### 1.- Lugar de hallazgo: Sector 2-3 (Fig. 1)

Lectura: *CARPI*

Descripción: Fragmento de fondo de de 6 cm. de Ø, corresponde una forma 37 decorada de TSH. Conserva una serie de tres motivos vegetales verticales en la banda inferior de la decoración que termina en dos líneas en relieve. Pasta anaranjada y barniz uniforme mate.

Localización: junto al pie.

Cronología: siglo III d. C.

Comentario: El *cognomen* *Carpus* está localizado en Villajoyosa, Villanueva del Trabuco, y en Viver<sup>16</sup>. Es la primera referencia atestiguada en Navarra a este *cognomen*.

### 2.- Lugar de hallazgo: Sector 3 (Fig. 2)

Lectura: *EVTICHES[--*

Descripción: Tres fragmentos de un fondo de 7 cm. de Ø, corresponde a una forma 37 decorada de TSH. Conserva restos de la parte inferior de la decoración. Pasta clara y restos de barniz rojo intenso.

Localización: junto al pie.

Cronología: siglo II d. C.

Comentario: Es la primera referencia en Navarra a este *cognomen* griego<sup>17</sup>. Sin embargo, se trata de un nombre relativamente común, incluso en grafitos en sigillata, ya que conocemos uno en *Complutum* y otro

<sup>14</sup> F. MAYET, *Les céramiques sigillées...*, 241-242.

<sup>15</sup> Véase J. A. FARO, M. GARCÍA-BARBERENA y M. UNZU, Pamplona y el Islam. Nuevos testimonios arqueológicos, *TAN* 20, 2007-2008, 229-283.

<sup>16</sup> *CIL*, II, 3573; *CIL*, II, 5497; y *CIL*, II, 4008.

<sup>17</sup> A. LOZANO, *Die griechischen Personennamen auf der iberischen Halbinsel*, Heidelberg 1998, 93.



**Figura 1.-**

en *Clunia*<sup>18</sup>. Este tipo de nombre nos remite a un posible origen servil del personaje. No es ni mucho menos el primer nombre griego conocido en Navarra. Contamos con el dispensator *Athenio* y su mujer *Ant(onia) C(h)rysaeis*, cuyo nombre y cargo hacen referencia a su condición de libertos imperiales, y cuyo estudio pormenorizado ha sido actualizado por J. Andreu<sup>19</sup>. Además, contamos, entre otros, con *Asclepius Paternus* en Barbarin, o un *Hermetio* y un *Polydorus* en Arróniz<sup>20</sup>. En grafitos, conocemos en Arellano la inscripción de *Pallas, Dionysius* e incluso un *Eut[-]chio* (grafito: *Eut[-]chionis*<sup>21</sup>), nombre derivado del que presentamos. Parece claro que la letra final es una S. Como opción más improbable, en el caso de que la inscripción terminase en i, podría tratarse de un imperativo del presente del verbo *eutycheo*, que podría traducirse como “que tengas suerte” o “que



**Figura 2.-**

seas feliz<sup>22</sup>”. Sin embargo, seguimos optando por la opción de que se trate de un nominal. Otra característica de esta inscripción es que el comienzo de la misma está realizado en caracteres latinos, mientras que las letras *ji* y *eta* del final están en griego<sup>23</sup>.

**3.- Lugar de hallazgo:** Sector 3 (Fig. 3).

Lectura: *MARC[II]*

Descripción: Fragmento de fondo de 10 cm. de Ø, de cerámica común barnizada. Estos recipientes sin barniz al interior responden generalmente a jarras de panza globular y borde moldurado con dos asas. La pasta es de color naranja con restos de barniz.

Localización: base.

Cronología: Siglos III-IV d. C.

Comentario: Inscripción con ligatura *MAR*. La siguiente letra, un poco más elevada que

<sup>18</sup> S. RASCÓN, J. POLO, y F. MAESO, Grafitos sobre Terra Sigillata hispánica hallados en un vertedero del siglo I en la casa de Hippolytus (Complutum), *CUPAUAM* 21, 1994, 238-240.

<sup>19</sup> J. ANDREU, Un dispensator publicus en territorio vascón: a propósito de AE, 1971, 199 de Eslava (Navarra), en: A. EICHMANN (ed.), *Classica Boliuiana. Actas del V Coloquio de la Sociedad Boliviana de Estudios Clásicos*, La Paz, en prensa, s. pp.

<sup>20</sup> *CIL*, II, 2972 y *AE*, 1982, 582 respectivamente.

<sup>21</sup> M<sup>a</sup>. Á. MEZQUIRIZ, *La villa romana de Arellano*, Pamplona 2003, 75 y 79.

<sup>22</sup> Véase S. RASCÓN, J. POLO y F. MAESO, *Grafitos sobre Terra Sigillata...*, 238-239.

<sup>23</sup> Apreciación del Prof. Velaza, que agradecemos.



Figura 3.-



Figura 4.-

las letras precedentes, parece ser una C, ya que de ser una O aparecería más lejos de la caja de escritura. La lectura más lógica sería *Marci*. Menos probable parecería su versión en nominativo, *Marcus*. En este caso *Marcus* podría tratarse de un *praenomen*, o de un *cognomen*, ya que también existen numerosos testimonios de este segundo caso<sup>24</sup>. Hasta ahora conocemos en territorio navarro dos personajes con el *praenomen Marcus*, en Gastiáin y en Urbiola<sup>25</sup>.

#### 4.- Lugar de hallazgo: Sector 3 (Fig. 4).

Lectura: *MARTI(I)*

Descripción: Fragmento de fondo de 6,5 cm. de Ø, corresponde a una forma 37 decorada de TSH. Se aprecian restos de la decoración que consiste en series de círculos sogueados con motivos de rosetas inscritos. Tanto la pasta como la decoración muestran la buena calidad de la pieza, sin embargo se trata de una pieza con defecto de cocción que ha alterado el color del barniz mostrando un tono beige en la parte inferior y naranja en la superior.

Localización: Cercano al pie.

Cronología: fin siglo II – III d. C.

Comentario: Inscripción relativa probablemente a un *Martius*, con ligatura MA. Parece poco probable que la inscripción tuviese un inicio diferente. Inscripción en genitivo de un nombre que encontramos en Játiva<sup>26</sup>. En *Clunia* se conoce otro grafito con una inscripción referente al femenino *Martia*<sup>27</sup>. En el territorio navarro no conocíamos hasta este momento ningún *Martius*.

#### 5.- Lugar de hallazgo: Sector 3 (Fig. 5).

Lectura: *MARTI(I)*

Descripción: Fragmento de pared de un recipiente de TSH lisa. Pertenece a un recipiente abierto tipo fuente, pasta de color naranja claro y barniz uniforme poco brillante.

Localización: pared.

Cronología: fin siglo II-III d. C.

Comentario: En este caso, al contrario que en la nº 2, la inscripción podría continuar a otra variante como *Martini*, aunque el precedente de un grafito *Marti* nos hace decantarnos por esta opción.

<sup>24</sup> J. M. ABASCAL, *Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania*, Murcia 1994, 414.

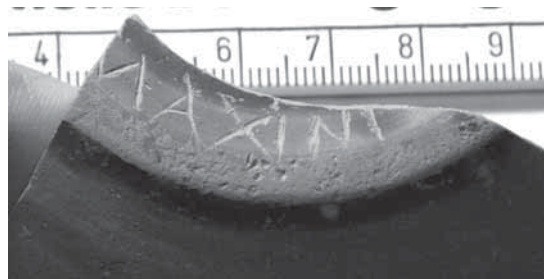
<sup>25</sup> *CIL*, II, 2971= 5832= *IRMN*, 44; *HAE*, 2465=HEp7, 469.

<sup>26</sup> *CIL*, II, 3629. Véase J. M. ABASCAL, *Los nombres...*, 417.

<sup>27</sup> P. PALOL y J. VILELLA, *Clunia II. La epigrafía de Clunia*, Madrid 1987, nº 15.



**Figura 5.-**



**Figura 6.-**

6.- Lugar de hallazgo: Sector 3 (Fig. 6).

Lectura: *MAXINI* o *M. AXINI*

Descripción: Fragmento de fondo de 7 cm. de Ø de una forma de cerámica de mesa barnizada posiblemente corresponde a un cuenco. Pasta dura de buena calidad y barniz anaranjado uniforme con línea gris en el fondo.

Localización: base.

Cronología: fin siglo II-III d. C.

Comentario: La lectura es clara, y no permite otra interpretación, ya que creemos que la N no podría leerse como M en ningún caso. No hemos encontrado ningún paralelo a *Maxinus*, y entendemos que lo más probable es que se trate de una forma incorrecta del *cognomen Maximus*. No conocíamos ningún personaje con el cognomen *Maximus* en la epigrafía navarra hasta este momento, a excepción de las referencias a la familia imperial. Por otro lado, la inscripción también podría leerse como *M(-) Axini*, referente a un *Marcus Axinus*, pero no existe ningún paralelo al nombre *Axinus*, sí al de *Axianus*<sup>28</sup>. Otra posibilidad remota nos llevaría a pensar en la utilización de la X en sustitución de la S, de manera que podría tratarse de un Marco Asinio.

7.- Lugar de hallazgo: Sector 3 (Fig. 7).

Lectura: *SILVICI*

Descripción: Tres fragmentos de un fondo de 8 cm. de Ø, corresponden a un recipiente tipo fuente de TSH de una forma lisa. Pared muy gruesa, pasta anaranjada dura y barniz de buena calidad.

Localización: cercano al pie.

Cronología: fin siglo II-III d. C.

Comentario: Inscripción relativa a *Silvicus*. Obsérvese la forma de realizarse la U, que se repite en otros casos. El nombre *Silvicus* se encuentra localizado en *Tarraco*<sup>29</sup>. No conocíamos ningún *Silvicus* en territorio navarro hasta este momento.



**Figura 7.-**

<sup>28</sup> *CIL*, X, 8059 y *CIL*, VI, 17188.

<sup>29</sup> *CIL*, II, 4297.

Comentamos a continuación una serie de grafitos epigráficos que, si bien no podemos asegurar su lectura o que se traten de ejemplares nominales, lo creemos probable y por eso resulta interesante su presentación.

8.- Lugar de hallazgo: Sector 3 (Fig. 8).

Lectura: *A[---]*

Localización: pared.

Comentario: Letra semejante a la del nº 22, incluso el tipo de pieza es semejante, podrían formar parte de la misma. Contiene trazos de otro grafito fragmentado y no identificable a su izquierda.



Figura 8.-

9.- Lugar de hallazgo: Sector 3 (Fig. 9).

Lectura: *DOM()*.

Localización: pared.

Comentario: Puede tener varios desarrollos como *dom(estico)*, *dom(esticorum)*, *dom(inae)*, *dom(ini)*, *dom(inica)*, *Dom(ino)*, *dom(inorum)*, *Dom(inum)*, *Dom(iti)*, *Dom(itia)*, *Dom(itiana)*, *Dom(itio)*, *Dom(itium)*, *Dom(itius)*, *dom(nini)*, *dom(o)*, *dom(u)*, *dom(us)*, etc. En Arellano conocemos un grafito *Domini*<sup>30</sup>.



Figura 9.-

10.- Lugar de hallazgo: Sector 3 (Figs. 10a y 10b).

Lectura inscripción en la base (a): *ANMD[---]* (Fig. 10a).

Lectura inscripción *in pede* (b): *V[---]* (Fig. 10b).

Localización: a) en la base. b) junto al pie.

Comentario: Dos inscripciones en la misma pieza. La situada en la base de la pieza, es una inscripción circular fragmentada en torno a una palma. Optamos por la lectura *ANMD*, pero no podemos rechazar las de *ANNAD* / *AMMD*, ya que las ligaturas pueden ser varias.



Figura 10a.-

<sup>30</sup> M<sup>a</sup>. Á. MEZQUÍRIZ, *La villa romana...*, 56 y 65.



**Figura 10b.-**

**11.-** Lugar de hallazgo: Sector 3. Área del convento de Santiago (Fig. 11).

Lectura: *EYTICO* (?)

Localización: pared.

Comentario: Grafito de lectura resulta muy complicada y dudosa, en el que se pueden superponer dos o más grafitos. No podemos asegurar con total certeza esta lectura, porque ofrece muchos problemas, pero su semejanza con la inscripción nº 2 resulta sugerente. Sería una inscripción de lectura inversa, que haría referencia a una variante de *Eutiches*.

**12.-** Lugar de hallazgo: Sector 1 (Fig. 12).

Lectura: *FLO*[---]

Localización: junto al pie.

Comentario: Podría tratarse del comienzo de uno de los numerosos *cognomina* que comienzan por Flo: *Flora*, *Florentinus*, *Florina*, *Florinus*, *Florus*, etc. El arcaísmo de la L es relativamente común en los grafitos cerámicos, como aparece, por ejemplo, en un grafito de Arellano<sup>31</sup>.

**13.-** Lugar de hallazgo: Sector 3 (Fig. 13).

Lectura: *N*[---] / [*S?*] *IMPPO*[---]

Localización: pared.

Comentario: Se trata de la única inscripción realizada en dos líneas, con lo que es posible

que se tratase de algún tipo de frase o sentencia del tipo de otras conocidas referentes a la bebida, comida o advertencias al que pudiese sustraer la pieza<sup>32</sup>, sin descartar que se tratase de un nominal.



**Figura 11.-**



**Figura 12.-**



**Figura 13.-**

<sup>31</sup> M<sup>a</sup>. Á. MEZQUÍRIZ, *La villa romana...*, 55 y 63.

<sup>32</sup> J. SÁNCHEZ-LAFUENTE, S. RASCÓN y J. POLO, *Grafitos sobre instrumental...*, 597-599.



14.- Lugar de hallazgo: Sector 3 (Fig. 14).

Lectura: *VERI[?---* o *VERE[---*

Localización: pared.

Comentario: La pieza contiene también el grafito de un tridente. Existen varios tridentes de este tipo en la Plaza del Castillo que podían contar también con una función semejante a los nominales.

15.- Lugar de hallazgo: Sector 1, sobre hipocausto (Fig. 15).

Lectura: *VRB[---*

Localización: base.

Comentario: En el caso de que la V fuese la primera letra de la inscripción, podría tratarse de un *Vrbanus*, *Vrbana*, *Vrbicus*, *Vrbica* o *Vrbicius*.

16.- Lugar de hallazgo: Sector 2-3 (Fig. 16).

Lectura: *[---](?)C(?)CTA[---*

Localización: Cerca del borde.

Comentario: Inscripción de difícil lectura e interpretación.

17.- Lugar de hallazgo: Sector 3 (Fig. 17).

Lectura: *---]FVR[---*

Localización: junto al pie.

Comentario: Inscripción fragmentada.

18.- Lugar de hallazgo: Sector 2-3 (Fig. 18).

Lectura: *---]INIE[---*

Localización: pared.

Comentario: Fragmento de inscripción. Resultan destacables los ángulos de las letras N y E.

19.- Lugar de hallazgo: Sector 3 (Fig. 19).

Lectura: *---]NNA AVR[;*

Localización: pared.

Comentario: Llama la atención la largura de los trazos de las letras. Podría tratarse del nombre de una mujer con el *duo nomina*. Quizás *Anna*, a tenor de la A que parece



Figura 14.-



Figura 15.-



Figura 16.-

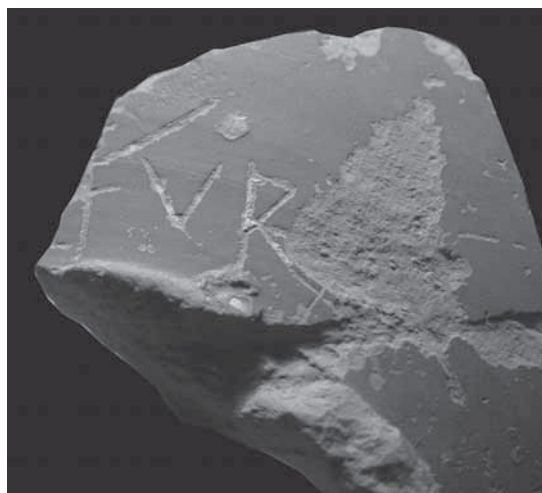


Figura 17.-



Figura 18.-

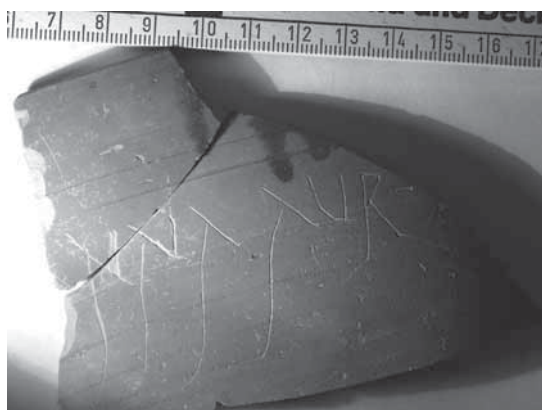


Figura 19.-

apreciarse en el trazo anterior. El nombre *Anna* es conocido tanto como *nomen*<sup>33</sup> como *cognomen*<sup>34</sup>, aunque es mucho más habitual en el segundo de los casos. Tampoco podemos descartar que, en vez de un nominal, nos encontremos ante una referencia al recipiente. En la ciudad de *Complutum* se encontraron tres grafitos incompletos con referencias a la *Panna* (sartén o cazuela a la que Apicio hace varias referencias<sup>35</sup>). Esta opción nos obligaría a buscar una explicación a la palabra *AVR*, ya que no parece continuar. Podría tratarse de una abreviatura de Aurelia, pero como *cognomen* resulta bastante excepcional<sup>36</sup>.

<sup>33</sup> *AE*, 1906, 19.

<sup>34</sup> J. M. ABASCAL, *Los nombres personales...*, 276.

<sup>35</sup> J. SÁNCHEZ-LAFUENTE; S. RASCÓN y J. POLO, *Grafitos sobre instrumental...*, 596-597.

<sup>36</sup> *AE*, 1982, 522.

**20.-** Lugar de hallazgo: Sector 3, área del convento de Santiago (Fig. 20).

Lectura: ---]PNA?T? E?T?[---

Localización: pared.

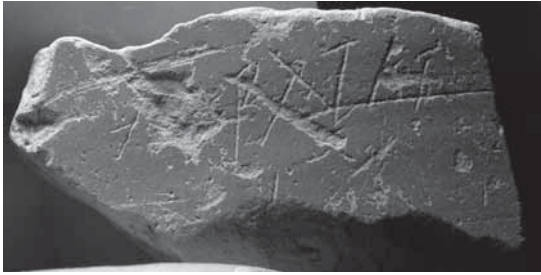
Comentario: Inscripción muy fragmentada.

**21.-** Lugar de hallazgo: Sector 3 (Fig. 21).

Lectura: ---]S (o C)E[X?---

Localización: pared.

Comentario: Destaca el tipo de letra, de mayor calidad caligráfica que el resto.



**Figura 20.-**

**22.-** Lugar de hallazgo: Sector 3 (Fig. 22).

Lectura: ---I?/SI. Q/---

Localización: junto al borde.

Comentario: Inscripción fragmentada.

**23.-** Lugar de hallazgo: Sector 1, canalización desagüe (Fig. 23).

Lectura: ---]TI[---]MI[¿?

Lectura: [---]

Localización: ambos lados del labio.

Comentario: Inscripción fragmentada y de difícil lectura. En uno de los lados podría tratarse de un nominal debido a la última I, que podría indicar un genitivo.

**24.-** Lugar de hallazgo: Sector 3 (Fig. 24).

Lectura: ---]TVS

Localización: junto al borde.

Comentario: Posible terminación de nombre en nominativo

**25.-** Lugar de hallazgo: Sector 3 (Fig. 25).

Lectura: ---]VAR

Localización: junto al pie.

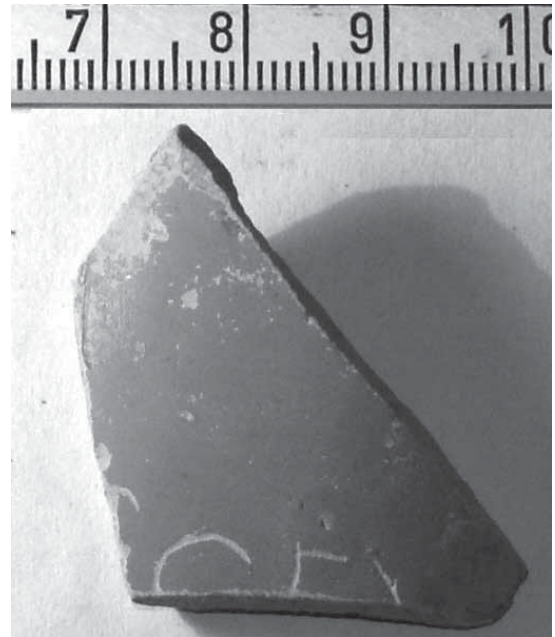
Comentario: Inscripción fragmentada.

**26.-** Lugar de hallazgo: Sector 2-3 (Fig. 26).

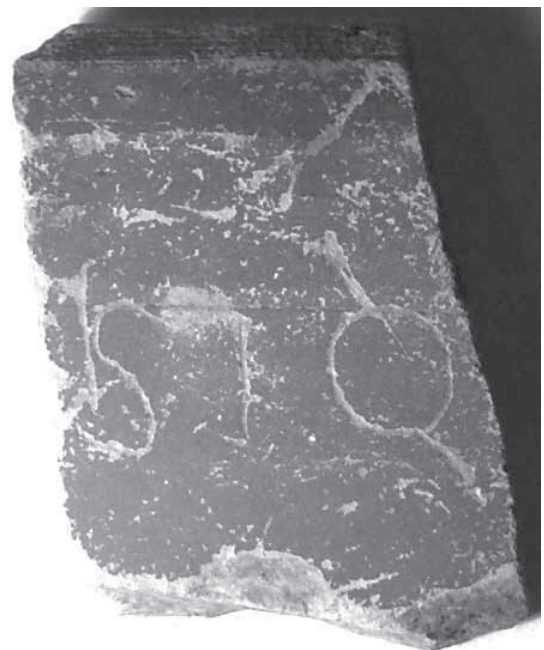
Lectura: -- A o M]VS FV[---

Localización: cerca del borde.

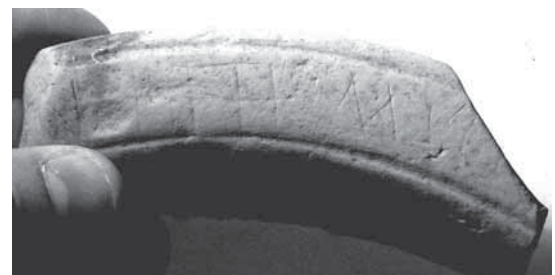
Comentario: Creemos que se trata de un nombre con dos elementos nominales. La última letra reconocible creemos que es una



**Figura 21.-**



**Figura 22.-**



**Figura 23.-**



**Figura 24.-**

V, ya que sigue el mismo tipo de V que en los grafitos n<sup>os</sup> 7, 19 y 24.

Presentamos, a continuación, una posible inscripción paleohispánica. No se conocía ninguna de este tipo en el contexto de *Pompaelo*, aunque sí en el territorio vascón<sup>37</sup>.

**27.-** Lugar de hallazgo: Sector 3 (Fig. 27).

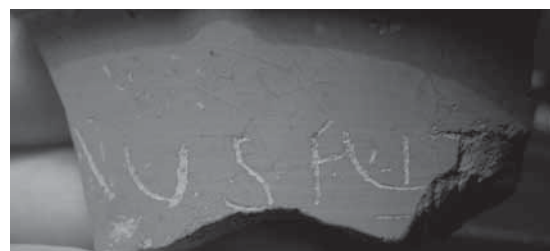
Lectura: --- *JETI*+{---

Localización: pared.

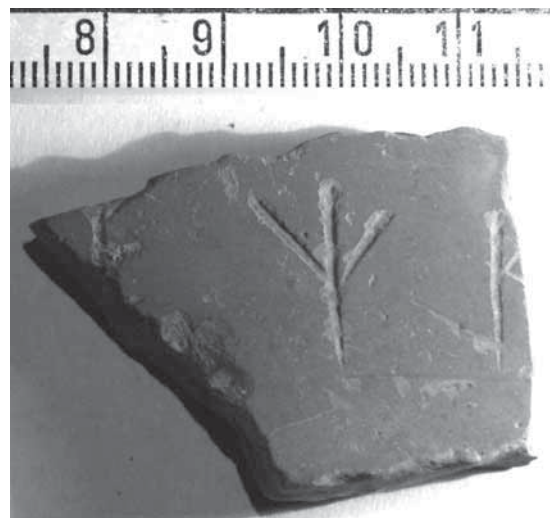
Comentario: Inscripción con signario paleohispánico. Se trata de una inscripción de, al menos, tres caracteres. El primero podría ser una “E”, seguido del signo “Ti” y finalmente un signo semejante a una R latina, que tradicionalmente se le ha otorgado el valor de “R” tal y como aparece en el segundo signo la inscripción de la ceca de *arsaos*<sup>38</sup>.



**Figura 25.-**



**Figura 26.-**



**Figura 27.-**

### 3. CONCLUSIONES

Hemos presentado un nuevo conjunto de grafitos nominales que vienen a completar el *corpus* necesario para estudiar los nombres propios de las personas que vivieron en *Pompaelo* durante los primeros siglos de nuestra era. Además, hemos incluido otras inscripciones que, sin duda, servirán a los

<sup>37</sup> En el momento de entrega del presente manuscrito ha sido publicado un artículo con otros testimonio de grafitos con inscripciones paleohispánicas sobre cerámica de Navarra: S. OLCOZ, E. LUJÁN, y M. MEDRANO, Inscripciones paleohispánicas sobre cerámica de Navarra: nuevos grafitos y revisiones de lectura, *TAN* 20, 2007-2008, 87-102.

<sup>38</sup> Agradecemos al Prof. J. Velaza su ayuda con la transcripción de la inscripción. Sobre el tercer signo semejante a la “R” latina, puede verse, en este mismo volumen, la contribución de F. Beltrán Lloris y de J. Velaza (esp. pp. 120-121).

investigadores para discutir su naturaleza, lectura, y valor para la reconstrucción de la Historia Antigua de *Pompaelo* y para la mejor comprensión del territorio atribuido a los Vascones por las fuentes antiguas.

Cabe destacar que se trata de un conjunto de inscripciones sin novedades sorprendentes, con nombres latinos, griegos y uno posiblemente celtibérico. Por supuesto, no hacen referencia a los grandes personajes de la vida municipal, como habrían sido *C. Cornelius Valens* o su mujer *Sempronia Placida*, hija de *Fuscus*, sino a artesanos y habitantes de la *Pompaelo* de extramuros. Entre todas las inscripciones aparecen diferentes niveles de hábito epigráfico, con tipos de escritura muy diferente, y algunos ejemplos de escritura de calidad (*ad ex.* n° 19). O el grafito n° 2, que podía reflejar el estadio intermedio de un individuo que a la hora de escribir su nombre utiliza caracteres latinos y griegos. Ésta sería una buena muestra del potencial de estudio con el que cuentan los grafitos, evidenciando unos estadios de aprendizaje del idioma que, si bien en pocas ocasiones los encontramos en la epigrafía lapidaria, reflejan la realidad social de cualquier ciudad hispana del Alto Imperio.

No aparece ninguna referencia clara a nombres indígenas, lo que nos indica que esta parte de la sociedad estaba ya integrada en el mundo romano, como resulta obvio y sucede con el resto de aspectos de la vida del territorio vascón durante esta etapa histórica.